

¡Por Dios, No te Cases! y Otros Relatos Impúdicos

Por

EM Ariza

Freeeditorial 

PRÓLOGO

La colección de relatos cortos de EM Ariza que tiene ante usted es incompleta porque estamos ante un escritor en pleno auge de creatividad, que aún tiene mucho que contarnos. Así que, por razones obvias, sólo podemos poner a su disposición lo publicado hasta ahora, pero incorporando nuevos relatos inéditos.

Existe consenso general en calificar a EM Ariza como el maestro actual del relato corto, género literario que cada día tiene mayor cantidad de seguidores dado lo escaso del tiempo con que cuenta la mujer y el hombre de hoy.

Freeditorial.com tenía la ilusión desde hace tiempo de sacar esta recopilación atendiendo una demanda popular, pues estamos ante el escritor actual más leído en castellano en todo el mundo.

Los exitosos relatos de EM Ariza hablan de los pequeños y grandes temas que nos importan ya que son los que conforman nuestras vidas diarias. Con soltura y con humor nos acercan a las cosas que más nos interesan: el amor, la vida, los hijos, la felicidad, la religión, el matrimonio, la ciencia, el sexo, la amistad...Y todo ello nos lo cuenta el autor con sólo dos personajes.

Uno de ellos —que llamaremos X pues nunca nos dice su nombre—, es un hombre tiernamente ingenuo el cual narra sus experiencias en primera persona, pero que tiene aspiraciones a mayores metas intelectuales, aunque se confiesa poco amante de la lectura pero sí de las especulaciones metafísicas de Zoilo, las cuales difícilmente termina entendiendo. A pesar de todo siempre está ansioso de asimilar la sabiduría de su incomparable maestro y amigo. Este es Zoilo —el segundo personaje— al que conocemos a través de los ojos y oídos de X; por tanto, es por medio de su lenguaje como percibimos a Zoilo, el cual destaca por su imperturbabilidad, por su penetración de las cosas, y por su infalible manera de entender los más agudos problemas en la vida de mujeres y hombres.

Esta primera recopilación de obras de EM Ariza incluye relatos inéditos además de sus grandes éxitos “¡Por dios, no te cases!” “La dicha incierta del amor” “Idioteces de los idiotas, y otras tonterías” “¡Lo que cambian los tiempos!” y otros muchos que, sencillamente, conseguirán alegrar su vida y refrescar sus pensamientos sobre temas tan variados como encantadores.

Ahora los puede disfrutar todos unidos en un mismo tomo.

ÍNDICE

I. ¡Por Dios, no te cases!

II. ¿De verdad es un placer tener hijos?

III. Los extraterrestres somos personas honradas

IV. La dicha incierta del amor

V. ¡¡Lo que cambian los tiempos!!

VI. Idioteces de los idiotas, y otras tonterías...

VII. Buenos y malos

VIII. Lo que es bueno para ti es malo para mí, y viceversa

IX. ¡Si me dejas, déjame satisfecha...!

X. Un gran viaje para las vacaciones

XI. Catalanes: ¡llorones!

¡POR DIOS, NO TE CASES!

Menos mal que estaba solo en el salón de mi apartamento, porque al terminar de ver aquella película no pude evitar que una lágrima me cayera por el rostro embargado por la emoción del final.

El problema consistía en que se trataba de una película romántica y se supone que un digno varón no debe llorar en ellas. Debe sonreír, con masculina suficiencia, y decir mientras mueve la cabeza comprensivamente aquello de “mujeres...”. Por eso era de agradecer mi soledad en ese momento, pues mi reacción no había sido esa precisamente.

Tras unos instantes de recuperación emocional mi mente comenzó a analizar el argumento del film. La muy original base argumental consistía en las dudas que tenía la protagonista sobre a cuál de dos chicos entregar su amor. Uno de ellos era rico y perverso, y a pesar de lo divertido que suele ser cuando se es de tal carácter, según la película era desgraciado. El otro pobre y bueno, y a pesar de lo aburrido que suele ser cuando se es de este otro carácter, según el film era feliz.

Las amigas de la protagonista se dividían en dos bandos bien definidos a la hora de aconsejarle. Unas le advertían que tuviera cuidado pues el amor sale por la ventana cuando la nevera está vacía —o algo similar—... Que si el porvenir de los hijos... Que si ella se merecía vivir como una reina... En definitiva, que se fuese con el rico.

El otro bando, por el contrario, le decía que lo importante era seguir los dictados del corazón... Que si el hombre de su vida... Pero, sobre todo, insistían en tres palabras que al parecer resumen un millón de años de evolución del hombre, y de sesudos estudios sobre la psicología humana: SÉ TÚ MISMA. Y tras este argumento definitivo la protagonista de la película corría a cámara lenta, en una playa desierta, a abrazarse con el chico pobre mientras sonaba una dulce balada; y es ahí, precisamente, donde comienzan los nudos en la garganta de los espectadores. Es comprensible, probablemente a usted también le habría pasado tras contemplar tan tierna escena.

En fin, rato más tarde, tras vencer la congoja producto de la emoción, comenzaron en mi inquieta mente las preguntas trascendentales. ¿En realidad, qué es eso de ser uno mismo? ¿Alguien sabe lo que significa? O mejor, ¿alguien sabe cómo se puede dejar de ser uno mismo...?

Por otro lado, ¿alguien sabe por qué ese argumento lleva a la chica a elegir al chico pobre? Y, por último, ¿alguien sabe dónde puedo encontrar la playa solitaria de la película? Agradecería cualquier información a este último

respecto.

Como la mente humana es como es, unas especulaciones llevan a otras. ¿Por qué todas las películas terminan cuando los protagonistas deciden casarse? ¿Por qué ninguna comienza justo tras la boda? ¿Qué es lo que pasa después?

Estas cuestiones me llevaron largo tiempo de reflexión, así que para no aburrirles con los tiempos muertos empleados en dichas reflexiones me los salto y entro de lleno en materia.

Mire, el amor pasa por cuatro fases: el enamoramiento, la crisis, la traición y el abandono. Es, precisamente, cuando estamos sumergidos en la primera fase cuando firmamos el contrato de matrimonio. Durante las otras tres fases es cuando nos arrepentimos de haberlo hecho.

Las estadísticas son demoledoras al respecto. El sesenta por ciento de las parejas se separan antes de diez años. ¿Por qué? Porque la pasión —es ley natural— se ha ido apagando.

Como consecuencia me pregunté: ¿Siempre ha sido así?

Acudiendo a la fuente de la sabiduría suprema —Zoilos, que es muy culto pues lee libros— encontré la respuesta: el romanticismo; el puñetero romanticismo tan sobrevalorado es el culpable.

Este fue el que, en síntesis, fue introduciendo la costumbre de “¿dices que me quieres y me deseas?... Pues firma aquí”. Y entonces comenzó a pasar que cuando “el me quieres y deseas” desaparecía, lo único que quedaba era el contrato de matrimonio y la hipoteca de la casa.

En una pirueta mental, digna del mejor atleta del Circo del Sol, intenté imaginarme como sería una película que comenzara por el final. Es decir, por la boda. Previsiblemente una vez pasada la luna de miel, y que el furor sexual se hubiese calmado, los primeros síntomas de futuros problemas comenzarían cuando él advirtiera en la vecina de al lado atributos que hasta entonces le habían pasado desapercibidos; y ella, por su lado, los encontrara en el jardinero. Ya estaríamos ante previsibles tormentas matrimoniales.

Pero es curioso observar la diferencia de comportamientos que en estas críticas situaciones tienen hombres y mujeres. En la película dos de las amigas consejeras estaban divorciadas, y mientras sus exmaridos reaccionaban como el que esconde un pecado y se siente culpable, ellas, tengo la teoría de que traen un manual de fábrica a aplicar en los casos de separaciones. A saber, si es la mujer la que deja la pareja todas dirán unánimemente que él se lo tenía merecido, pues no le hacía suficiente caso; si el asunto ha consistido en que la chica se ha largado con otro tipo, la justificarán entre suspiros preñados de

romanticismo, exclamando: ¡Qué se le va hacer, el amor lo puede todo! ¡Es el hombre de su vida!

Por el contrario, si es él el que toma la iniciativa, el calificativo más suave que recibirá —en aplicación de tan estricto manual— es el de cerdo. Y si se ha ido con otra, esta será definida como prostituta y él como algo irreproducible para cualquier oído decente.

El colmo de los reproches recurrente en estos casos suele ser el afirmar que él es un puerco porque ella le había entregado lo mejor de su juventud. Pero eso sí, jamás oirás esa tesis — la de la juventud— cuando es el hombre el que deja la pareja. Como si nosotros no cumpliéramos años...

En cualquier caso, ese reproche, si se piensa con un poco de detenimiento, contradice profundamente la argumentación romántica de la película, pues lo que subyace bajo él es: “si hubiese sabido lo que iba a pasar, ni con violines y playas desiertas me hubiera decidido por el pobre. Hubiese aceptado la oferta de boda del rico y hoy viviría como una reina, que es lo que me merezco”.

A todo esto, siguen las preguntas. ¿Si la época del noviazgo es tan bonita por qué ponemos fin a ella con el matrimonio? Cuando nos enamoramos de una chica —o viceversa— ¿por qué convertimos en contrato nuestra eventual pasión? ¿Por qué los seres humanos cometemos una y otra vez el error de mezclar el romanticismo, el amor o el sexo con contratos? Si no fuera algo tan estúpidamente enraizado en nuestras costumbres, y lo viéramos con un poco de perspectiva, diríamos que es peor que absurdo, es, simplemente, ridículo.

Analícelo conmigo. Vivimos una sociedad en la que si un medicamento produce un uno por mil de efectos secundarios es eliminado inmediatamente. Si una maquina tiene algún defecto por el que remotamente se pudiera producir un accidente, la retiramos del mercado de manera fulminante. En cambio, el matrimonio tiene un porcentaje de fallo superior al 60% y ahí sigue tan fresco, como institución inamovible.

Pero esto no ha sido siempre así. Los romanos —me ha dicho mi amigo Zoilo que es muy culto pues lee libros— lo tenían muy bien resuelto. El matrimonio, entonces, era un contrato entre dos personas que con determinadas condiciones ponían en común su hacienda y con ella mantenían la sociedad conyugal, incluidos los hijos. Los aspectos pasionales estaban alejados de esta relación contractual. Era lo que peyorativamente hoy calificamos de “casarse por interés”. Aunque yo, usted me disculpará, lo definiría como casarse pensando con la cabeza y no con otras partes menos nobles de nuestra anatomía.

Más o menos este sistema de la sociedad conyugal lo hemos copiado de ellos. Pero aquí viene lo diferente: en esos tiempos, tras el matrimonio, cada

conyugue seguía manteniendo la libertad de enamorarse y vivir las pasiones correspondientes tantas veces como la vida le ofreciera la oportunidad, y no estaba mal visto socialmente. A este respecto me contó Zoilo que Seneca consideraba afortunado al marido cuya mujer se conformaba solo con cuatro o cinco amantes; incluso existen inscripciones en tumbas romanas donde expresan con extrañeza: “permaneció fiel a su marido durante treinta años, solo tuvo tres amantes”.

En definitiva, eran más listos que nosotros y tenían mejor resuelto el tema de la convivencia matrimonial. Sencillamente no mezclaban reacciones químicas emocionales con contratos, y entendían que la fidelidad no es una parte de la lealtad. Es solo sexo.

Tras tan profundo análisis, finalmente, conseguí entender por qué las películas nunca comienzan después de la boda: porque la gente no va al cine a ver las mismas discusiones que tiene en casa y encima pagando una entrada. Y los productores cinematográficos, que son gente avisada, así lo han entendido.

Tras todas estas sesudas reflexiones solo me queda la convicción de que el mejor regalo de bodas que puedo hacer a un amigo cuando me anuncie su intención de contraer matrimonio, es decirle: ¡Por Dios, no te cases!

¿DE VERDAD ES UN PLACER TENER HIJOS?

¡¡Dios existe!!

Probablemente, estimado lector, usted se estará preguntando como puedo llegar a esta conclusión sobre un tema en el que filósofos, teólogos y pensadores llevan siglos debatiendo y devanándose los sesos sin llegar a conclusiones definitivas. Pues sí señor, me reafirmo en ella, ¡Dios existe!

Y usted me preguntará:

— ¿Qué compleja y sofisticada reflexión le lleva a tan rotunda afirmación?

Y yo le contesto:

— Mirar por la ventana. Sencillamente mirar por la ventana y ver un día tan perfecto como el de hoy. Una brisa suave y ligera; un sol brillante pero templado; unos árboles meciéndose tiernamente...En otras palabras, lo que puede denominarse con justicia un día perfecto que invita a saborear la vida. Solo Dios ha podido crearlo, pues si hubiese sido obra del hombre seguro que algo habría funcionado mal: o la brisa sería demasiado violenta; o el sol quemaría, o...el día habría llegado con retraso esta mañana...En fin, cualquier fallo.

Pero nada de eso ha sucedido, todo es perfecto y la perfección solo Dios la puede conseguir. Por tanto, Dios existe.

Así que, con ánimo alegre, y encantado por haber realizado esta contribución fundamental a un complejo dilema religioso que hace siglos se debate, me dispuse a disfrutar del inmenso regalo que significa un día tan hermoso. Para ello nada mejor que dar un largo paseo mañanero por el parque de mi ciudad.

Antes de seguir le explico lo esencial de dicho parque para que lo pueda recrear en su mente. Como todos es céntrico, sirviendo de pulmón a los honrados ciudadanos que se hacinan entre el asfalto de las calles y el hormigón de los edificios; y como todos tiene árboles, fuentes, caminitos de tierra, estanques, patos, madres y niños, además de algunas personas que con ropa deportiva trotan con cara de sufrimiento y jadeando.

Así pues, esta mañana, comencé mi sosegado y feliz paseo llegando pronto a mis oídos el rumor lejano de voces infantiles. Seguí andando, con mi periódico deportivo bajo el brazo, y llegué a una glorieta que estaba junto a un estanque donde pude ver a un conjunto de madres con su correspondiente grupo de niños alrededor, los cuales jugaban y alborotaban.

Me pareció una estampa preciosa que venía a ratificar mi convicción religiosa expresada anteriormente sobre la existencia de Dios.

Producto de la emoción que sentía, y tras unos instantes de duda, decidí llamar a Zoilo para compartir con él esta portentosa experiencia. Se la conté. Me escuchó en silencio —no sé si algo malhumorado porque a lo mejor era temprano para él—, pero a pesar de ello me escuchó con atención como siempre, y terminé describiéndole la edificante imagen de las madres y los niños. Me llamó la atención que persistía en su silencio cuando exclamé con una telefónica sonrisa de oreja a oreja: “*¡Qué placer tener hijos!*”

Zoilo, tras un largo instante, contestó al otro lado del teléfono: “*Sólo el que se disfruta nueve meses antes de que nazcan*”

— ¿¿Cómo?? —pregunté desconcertado—. ¿De qué hablas?

Quedé absolutamente frenado en mi euforia. No sé cómo describirlo; ahora el del silencio fui yo. No sabía que decir, sencillamente porque no entendía nada. ¿Qué puñetas quería decir con eso de los nueve meses?

¿Saben? Hace tiempo que mantengo la convicción de que a Zoilo de vez en cuando se le cruzan las neuronas. Es tanto lo que sabe, por todo lo que lee, que me parece lógico y disculpable que a veces se le funda un fusible en el cerebro por sobrecarga de información. “*¡Sólo el que se disfruta nueve meses antes de que nazcan!*” ¿A qué viene esta respuesta? ¿Cómo vas a disfrutar de ellos si aún no existen? Y, sobre todo, ¿qué tiene que ver con lo que estábamos hablando? Ve lo que le digo: ¡Zoilo a veces desvaría!

Definitivamente en estos casos es aconsejable dejarle que ponga sus neuronas en reposo, y por ello, tras una apresurada despedida, finalicé la llamada.

Mi ánimo, aunque algo menguado, seguía elevado y me decidí a acercarme un poco más a aquel amplio grupo de alegres infantes con sus correspondientes madres.

Según me fui aproximando pude comprobar que era más variado el grupo de lo que desde lejos parecía. Por ejemplo, había un par de embarazadas dando cortos paseos, con las manos en los riñones, que parecían caminar imitando a los patos del estanque vecino.

“*Es verdad —reflexioné—, la época del embarazo debe ser muy sufrida para la mujer. Su cuerpo soporta cambios de todas clases, y aunque yo nunca he sido madre comprendo que esa etapa debe ser incómoda pero, sin embargo, no hay más remedio que pasarla si se quiere tener hijos. El premio lo merece, aunque durante unos meses la mujer sienta que pierde su cintura, su dulzura y sus femeninos andares. Pero el que algo quiere....*”

Es evidente que lo positivo y bueno viene después, cuando la criatura aparece, pues del parto más vale no hablar. Yo tengo un amigo que asistió al nacimiento de su hijo y todavía —aunque hace veinte años de aquello—, está traumatizado por los insultos barriobajeros que su mujer le dirigió en esas penosas circunstancias.

Como decía el disfrute viene después, es decir, cuando el proyecto se convierte en niño. Y aquí había, junto a las madres y al estanque de los patos, una buena muestra de ellos. Así que, con una amplia sonrisa en la cara, me dispuse a observarlos.

Ligeramente apartados del grupo de señoras que charloteaban alegremente había tres púberes a la sombra de un árbol, que tendrían entre uno y dos años. Estaban entretenidos jugando con unas pequeñas piedras.

De pronto, en la hermosa mañana, sonó un grito desgarrador. Busqué con la mirada qué tragedia es la que acontecía y cuál era la garganta que tenía tan altas facultades para emitir alaridos. Lo descubrí. Era una madre aullándole a uno de aquellos críos.

A la distancia que me encontraba no pude ver a que obedecía dicho grito de alarma, por ello me acerqué un poco más y pude entender el drama cuando la señora que había chillado introducía su dedo índice en la boca de uno de esos niños y extraía de ella una piedra. Como si hubiesen tocado a zafarrancho otras dos señoras —supuestamente las madres de los otros dos— se lanzaron sobre los compañeros de juego del primero y, con maestría inigualable, repitieron la misma operación del dedo en la boca con idéntico resultado: estaban llenas de pequeñas piedras y tierra.

Una de las madres dio unos ligeros azotes a un chico, mientras otra golpeaba suavemente la manita del suyo reflexionando con él sobre la impropiedad de su conducta. Tengo mis dudas de que el crío, que berreaba llorando, fuese demasiado sensible en esas circunstancias a los argumentos de la buena señora.

Separé de allí la mirada y comencé a observar otro grupo de niños —que rondarían los siete u ocho años— los cuales jugaban con tranquilidad junto al estanque. Era evidente que a esa edad ya habían emprendido el largo camino de la maduración, no como los otros mocosos pequeños. Estos eran otra cosa. Dedicaban toda su tranquila y silenciosa atención a algo que compartían pero que con su cuerpo tapaban y no me era posible ver; pero aquello, fuese lo que fuera, les mantenía unidos en divertida camaradería.

De repente, como impulsados por un muelle, todos ellos se pusieron de pie al tiempo que de sus manos escapaba aterrorizado un pato, el cual salió disparado. Todo fue confusión: pato, niños y plumas que volaban formando un

cuadro de lo más ruidoso y dinámico. El pato casi desnudo, pues según deduje el juego había consistido en arrancarle las plumas, emprendió la huida hacia el estanque. Los niños, aunque lo persiguieron, no pudieron evitar que aquel se refugiara en el agua con cara de pánico.

Miré a las madres que observaban la escena entre risas, esperando que les llamaran la atención y oportunamente reflexionaran con ellos sobre la improcedencia del maltrato animal. Pero lo único que les oí decir y sonriendo tiernamente fue aquello de “¡Son niños...!”

Sólo una de ellas se levantó y se dirigió con expresión seria hacia los chicos. “¡Ah —pensé en un raptó de optimista esperanza—, *menos mal que una madre al menos les reñirá!*”. Pero estaba equivocado; aquella, al llegar a la altura de los críos, gritando como si fuese imprescindible que todos los que paseaban por el parque le oyeran, chilló a uno en concreto: “¡*Mira cómo te has puesto...!*” Pero del pobre pato ni hablar; no dijo absolutamente nada. Seguro que la madre de Jack el Destripador, cuando este comenzó sus primeros experimentos sádicos había dicho lo mismo: “¡*No es más que un niño...!*” Después pasó lo que pasó.

Tras esto comencé a perder interés por el espectáculo materno—infantil y tomé asiento en uno de los bancos, allí mismo en la glorieta pues la mañana invitaba a ello, y me dispuse a leer el periódico que hasta entonces había mantenido bajo el brazo. Me fui a lo importante; es decir, a los titulares deportivos.

Estaba concentrado en estas trascendentes noticias cuando otro horripilante alarido, de un agudo que hubiese roto algún cristal de existir por allí, me sacó de mi ensimismamiento. Pensé, al tiempo que me ponía de pie de un salto, que algo gordo debería haber pasado, así que presté toda mi atención por si tenía que acudir en auxilio de alguien.

Pero aún nada hacía presagiar la tragedia que estaba a punto de desencadenarse. Para simplificar la narración me limitaré a describir lo sucedido y los graves hechos posteriores que acontecieron. Al parecer dos niños se peleaban entre ellos; hasta ahí todo normal. Uno había mordido al otro y ahora las madres disputaban entre ellas con el mismo nivel de razonabilidad de los niños: “¡*Que si el tuyo a mordido al mío!*” “¡*Que empezó el tuyo!*” “¡*Que a ver si lo educas mejor!*” “*Y tú dale de comer antes de traerlo con los demás*” ... En definitiva, lo que se podría definir como un maduro intercambio de opiniones.

Mientras tanto yo, al tiempo que escuchaba las profundas reflexiones de las madres, estaba aún intentando adivinar si el chillido había salido de alguna de ellas, o de cualquiera de los pequeños, cuando se avecinó la catástrofe. Indudablemente fue la atención que prestaba a esta escena de madres

intercambiando opiniones la que me impidió ver el inminente peligro que se cernía sobre mí, así que no pude observar a tiempo que otros dos mocosos perseguían en una carrera ciega a un saltamontes al que intentaban atrapar y yo, involuntariamente, estaba en su línea de impacto. Lo único que recuerdo con cierta lucidez es que de repente sentí un fuerte golpe en la pierna izquierda, a la altura de la pantorrilla, y que instantes más tarde dos niños lloraban caídos junto a mis pies por haber tropezado conmigo. Cuando miré mi pantalón vi, en el mismo lugar donde había sentido el golpe instantes antes, una visible mancha cuya naturaleza parecía estar en una mezcla de restos aplastados de insecto y de una sustancia viscosa y pegajosa, que deduje provenía de las narices de los susodichos niños.

Levanté la mirada con la intención de pedir explicaciones a las madres sobre el comportamiento de sus hijos, pero inmediatamente hube de desistir porque observé unas miradas torvas que aquellas respetables señoras me dirigían; incluso diría que tal vez se podrían calificar como amenazadoras, y entre ellas estaban las miradas de las dos que momentos antes peleaban, las cuales, al parecer, habían hecho una tregua al encontrar en mí un nuevo enemigo.

Resumiendo, sacudí ligeramente la pernera del pantalón, me puse el periódico bajo el brazo —lo que siempre da un cierto aire de respetabilidad— y con dignidad tomé la única decisión sensata que cabía en ese momento: huir de allí.

Aun cojeando como consecuencia del golpe inicié la búsqueda de otras zonas del parque donde no existiese esta variada y peligrosa fauna de patos, saltamontes, madres y niños.

Según me alejaba el griterío fue sonando cada vez más remoto y ello permitió que, poco a poco, mi espíritu y mi pierna se fuesen recuperando, consiguiendo que mi mente comenzara a funcionar con la agilidad habitual.

A partir de ahí comenzaron a surgirme nuevas conclusiones y reflexiones sobre el tema de los hijos. Las explico. Es razonable admitir que el embarazo y el parto tienen más inconvenientes que ventajas; esto es un hecho constatado. También tras esta experiencia mañanera había aprendido que los niños durante su primer decenio regalan alguna sonrisa, pero te dan muchos sustos y malos ratos, y, sobre todo, absorben tu vida como una aspiradora. Por ello deduje que lo bueno de los hijos debería venir después, pues si no fuese así la gente no los tendría.

Comencé a situar mi mente en ese después, mientras pasaba por zonas no peligrosas del parque.

Cavilé detenidamente sobre este endiablado asunto de los hijos basándome

en el conocimiento que la observación y la experiencia ajena me enseñan, ya que yo no tengo ninguno. Evidentemente si durante las etapas iniciales no eran una bendición, sería al llegar a la pubertad cuando consuelan todos los malos ratos y surgen las compensaciones emocionales para los padres.

Intenté enfocar mi mente en las vivencias que me habían contado varias parejas de amigos que tenían hijos en esa edad de transición de la niñez a la madurez.

He de comenzar, estimado lector, viéndome obligado a hacer una precisión para los no iniciados y que usted, si aún no es padre o madre, seguro agradece. Hay dos tipos de hijos: los niños y las niñas. Pues bien, aunque pudiera parecerle un asunto trivial porque solo se diferencian en la última letra de la palabra, no son la misma cosa. Créame, las diferencias son mucho mayores de las que puede suponer una simple letra del abecedario; porque, al parecer, durante la pubertad la cosa varía bastante si son de un sexo u otro.

A saber, si es niña tendrá complejos por tener demasiado pecho o demasiado poco; por estar demasiado delgada o gorda; por ser demasiado alta o demasiado baja; un día amanecerá llorando y al siguiente eufórica sin motivo aparente; aborrecerá a sus padres por no tener nada que ponerse y porque no le entienden; o porque están anticuados y no le compran la ropa y zapatos que necesita —aunque tenga lleno el armario—, y así jamás podrá gustar al chico de sus sueños. En resumen, lo que se podría definir como un montón de razonables reclamaciones a la vida y a los padres.

Si se trata de un niño la cosa varia pues solo tendrá en común con las niñas lo del aborrecimiento a los padres que no le entienden, pero en todo lo demás las diferencias son notables. El chico, de pronto, llegado a esta edad no sabe hablar, solo balbucea y repite latiguillos de moda frecuentemente entre gruñidos monosilábicos; la cara se le llena de granos y el alma de animadversión contra el padre —que hasta hace poco era su ídolo—, percibiéndolo como el obstáculo principal en su intento de convertirse en hombre. Si no tiene el último videojuego o motocicleta culpará a sus progenitores, pues por ello no podrá presumir delante de sus colegas que se han vuelto lo más importante para su vida; y diariamente se arreglará para intentar gustar a las niñas, pero presiente que no lo conseguirá sin esos artilugios imprescindibles, y, por supuesto, menos aún sin la ayuda de las últimas marcas de ropa.

En fin, unas joyas....

Todos estos análisis he de confesar que estaban comenzando a tambalear mis convicciones. Me fueron dejando cada vez más meditabundo y taciturno, mientras continuaba con el paseo mañanero por el parque.

Es por esto que decidí que había llegado el momento de intentar ser sincero conmigo mismo como única forma de afrontar el dilema que comenzaba a quemarme. Así que, con valentía, me hice la pregunta clave: *¿Realmente es un placer tener hijos?*

Inicialmente me respondí a mí mismo con un silencio reflexivo. Pero en ese trance me vino a la memoria una antigua conversación con Zoilo donde precisamente hablábamos de este tema. Él mantenía que no era una cuestión de placer, y yo que sí. Por un momento me pareció que mis razonamientos eran más consistentes que los suyos, sobre todo cuando con aire de triunfo le dije: *“Si no es un placer ¿por qué casi todo el mundo los tiene?”*. Sospecho que mi argumento era tan sólido que eso provocó en él una respuesta tan incompresible como absurda —supongo que por aquello de no dar el brazo a torcer—. Juzgue usted mismo y mire lo que me respondió:

“¿Sabes lo que es un programa informático?” Era una pregunta retórica, así que esta vez no fue necesaria mi respuesta por lo capcioso de la misma. Y continuó: *“Todos los seres vivos estamos dirigidos por un programa informático genético que modela y dirige nuestros comportamientos. El único objetivo de ese programa es la permanencia de la especie y para ello nos impulsa a tener hijos; a que los queramos para que los cuidemos y subsistan, y a que nuestras células una vez cumplida esas funciones envejezcan y mueran, dejando paso a la siguiente generación que hará lo mismo. Eso es todo. Son tareas programadas desde antes de nacer y destinadas al mantenimiento de la especie. El placer de los padres es solo el instrumento que el programa utiliza para conseguir su colaboración.”*

La verdad no lo entendí muy bien, aunque recuerdo sus palabras fielmente y le aseguro que fueron exactamente estas que acabo de compartir con usted. Supongo que usted, igual que yo, verá estas reflexiones de Zoilo como el que se sumerge en la niebla del mar; como una noche sin luna; como el que pasa por un oscuro túnel.... ¡Vaya, que no hay quien las entienda!

Pero entonces, de repente, vi la luz. Me llegó la inspiración en la sosegada mañana en el parque y lo descubrí: *¡Ya sé cuándo los hijos son un placer!* Veamos, no lo son antes de nacer ni en el momento del nacimiento; no lo son durante la infancia pues absorben toda vida a su alrededor, ni en la pubertad —por cierto, etapa que no hubiese estado mal que la naturaleza, si fuese tan sabia como dicen, hubiese eliminado de nuestro periodo evolutivo—. No, no son un placer en ninguna de estas etapas. Lo son después, cuando se casan o rejuntan y se largan de casa de los padres.

En principio quedé deslumbrado por la brillantez de mi propio razonamiento. Me pareció casi tan sólido como el que expresé en el inicio de este escrito con referencia a la existencia de Dios. ¡Claro, el placer está en

cuando se van del nido hogareño! ¿Cómo no me había dado cuenta hasta ahora de algo tan obvio? Seguro que fue el sosiego existente en la zona del parque por donde ahora paseaba lo que me inspiró.

Pensé que aquello merecía otra llamada a Zoilo para compartirlo con él. Pero, un momento después, el más elemental sentido de la prudencia me llevó a decidir darle un par de vueltas a esta nueva idea, no vayamos a que mi amigo me la desmonte en un instante, lo que te hace quedar fatal.

Así que seguí paseando un rato más mientras rumiaba mi teoría, y de pronto lo vi: en realidad mi tesis, como el Titanic, había que reconocer que hacía agua por todas partes. Pues sería la misma que alguien podría argumentar al invitarte a calzar unos zapatos pequeños para que te duelan los pies, con el único fin de posteriormente tener el placer de quitártelos y que deje de dolerte. Es decir, crear sufrimiento con el único objeto de sentir placer al dejar de sufrir. La verdad, incluso a mí como padre de la teoría me parece un poco absurdo, y temo que esto lo deduciría Zoilo en un par de segundos. Mejor no llamarlo.

El sol comenzaba a calentar cuando decidí volver a casa. He de confesar que me encontraba un tanto desesperanzado. Y de pronto, no sé por qué, me volvieron a la cabeza las misteriosas palabras que Zoilo había pronunciado esta misma mañana: *“¡Sólo el que se disfruta nueve meses antes de que nazcan!”*

He de reflexionar sobre esto, seguro que tiene algún sentido. Mañana pensaré en ello....

LOS EXTRATERRESTRES SOMOS PERSONAS HONRADAS

Es tanta la presión mediática que existe actualmente por la salud e imagen que, finalmente y después de mucho pensarlo, decidí pasar unos días en uno de esos Centros de Estética que se comprometen a limpiar tu cuerpo de todo lo nocivo, dejarte nuevo y quitarte unos años; más o menos como si se tratara de una puesta a punto de un automóvil de lujo. Lo del lujo lo digo por el precio que me cobraron.

Allí había muchos empleados con batas blancas que me hicieron pasar tal hambre que terminaron con mis deseos de visitar África. ¡Para qué ir, cuando allí mismo la había conocido de tanta necesidad como pasé!

Cuando al fin regresé de ese Centro, donde había pagado un buen dinero para que me hicieran pasar miseria y aburrimiento, llamé a Zoilo para compartir la experiencia.

— Decidí acudir a ese sitio —le expliqué, pues él no estaba al tanto— porque me dijeron que este lugar te cambia la vida en dos semanas.

— ¿Y tú cuanto estuviste?

— Seis.

— ¿Y te la cambió?

— Sí, en dos aspectos: bajando mi peso por hambre, y en mayor proporción mi cuenta en el banco.

Se rio, no sé si de mí o conmigo —algo que nunca tengo claro con Zoilo—, y se despidió.

Tras ello me puse a contemplar el infinito desde la terraza de mi ático, y mis pensamientos comenzaron a indagar sobre la experiencia vivida. *¿Hubo algo de utilidad en ella?* Me pregunté. Desde luego en lo del peso no, puesto que lo recuperé rápidamente en cuanto comí tres buenos filetes. Lo que no recuperé es mi anterior saldo bancario. *¿Entonces por qué lo había hecho?* insistí en preguntarme. *Quizás la respuesta esté* —me respondí— *en la naturaleza de nuestra propia naturaleza.* ¡Diantres, al escribir esta frase he caído en la cuenta de que tiene un gran nivel intelectual! Es una demostración de que algo aprendo de mi amistad y conversaciones con Zoilo, pues en los periódicos deportivos —que es lo único que leo aunque sean los titulares— no suelen decir frases tan brillantes. Al menos yo no las recuerdo.

El caso es que insistí en hacerme la pregunta clave: *¿En realidad por qué había hecho aquello? ¿Para gustarle a alguien?*

La mayor parte de la gente suele responder a esta cuestión diciendo aquello de “*No es para gustar a los demás, es para gustarme a mí mismo*”. Pues créame, mienten como bellacos, porque si estuviesen en una isla desierta no creo que se preocupasen demasiado de la figura ni de su imagen.

La verdad es que hombres y mujeres somos unos embusteros compulsivos, pues mentimos continuamente. Para empezar cada uno a sí mismo; y para continuar, los maridos a las mujeres y éstas a aquellos; los padres a los hijos y los hijos a los padres; los amigos unos a otros, y los políticos a todos.

Es la forma que tenemos de sentirnos a salvo. Hay que reconocer que la Verdad no sirve de nada a pesar de la buena prensa que tiene y es necesario mentir para triunfar, o como mínimo para sobrevivir. Me dijo Zoilo que incluso para ese fin se creó eso que llamamos educación y normas de cortesía, que es otra forma de mentir solo que más elegante. *Hola señora, hoy la encuentro delgada y joven*. Esto lo diremos aunque la buena mujer parezca un ballenato arrugado. *¡Qué niño más mono!* Esto lo diremos a unos padres al ver a su hijo, aunque esa apreciación —me refiero a la del mono— sea literal. Así que la conclusión es que la Verdad es una virtud muy ensalzada pero que a nadie interesa demasiado poner en práctica.

Confieso que me he perdido. Que ya no sé de qué estaba hablando, ni por qué he llegado a estos laberintos en mi análisis.

¡Ah sí, ya sé! Decía que es mentira cuando se dice que uno no intenta estar guapo o guapa para los demás. Y como la realidad es que a todos nos importa lo que otros piensan de nosotros, nos esmeramos por estar lo más presentable posible. De ahí mi internamiento de seis semanas en el dichoso y caro Centro de Estética, aunque sin demasiado resultado, pues solo he conseguido perder ahorros y ser seis semanas mayor.

Pero eso sí, me aburrí mucho, y como acostumbra a suceder en estos casos en mi ágil mente —como seguramente usted ya sabe—, suelen surgir pensamientos conflictivos. Pero, en esta ocasión, he de confesar que todas mis inquietudes filosóficas habían ido naciendo y creciendo según aquellos señores de batas blancas me habían ido prohibiendo cosas, afirmando que debía privarme de ellas para conseguir vivir más.

Lo primero que me enseñaron es que todas las cosas buenas y divertidas son perjudiciales para el hombre. A saber: los bombones, el marisco, el vino, el sexo, el sentarse tranquilamente en un cómodo sofá; el tabaco, los refrescos, los dulces, las palomitas, las hamburguesas, las pizzas... En fin, nos quedan las acelgas, espinacas, las manzanas y el agua.

La inmediata pregunta que surgió en mi mente fue: *¿Merece la pena alargar la vida para disfrutar de unas tristes espinacas?*

Pero mi reflexión fue mucho más allá, pues en el Centro, como he dicho, tenía demasiado tiempo para aburrirme y hambre que olvidar. Es por esto que mi mente comenzó a divagar sobre la idea de que en realidad somos unos inadaptados en nuestro propio planeta, ya que todo lo bueno nos hace daño.

Profundizando aún más en este tema de nuestra inadaptación, otra buena prueba de ella es el hecho de que no podamos ir desnudos pues tendríamos frío; también en que hemos de construir casas para protegernos de la lluvia, el sol y cualquier otro fenómeno atmosférico; y que las tres cuartas partes de la Tierra sean agua y en cambio nosotros apenas aguantamos unos segundos sumergidos en ella. Y, para colmo, somos el animal que tiene los hijos con mayor dosis de dolor, como si nos advirtiera la naturaleza que —valga la redundancia— no es natural para nuestro cuerpo fabricarlos y parirlos. *A lo mejor resulta que dicho dolor es el castigo que Dios nos envía por disfrutar del sexo.* Pensé.

Pero, reflexionándolo mejor, no creo que esa sea la causa puesto que Dios no es misógino, y el parto a quien duele exclusivamente es a la mujer. Al hombre no, al menos físicamente. La estaría castigando únicamente a ella, y esto no puede ser. Así que la explicación de nuestra inadaptabilidad al planeta tiene que estar en otro lado. En fin, la de cosas complicadas que se le ocurren a uno cuando está aburrido.

Al irme del Centro —o huir de él para decirlo con mayor propiedad—, tantas inquietudes desordenadas y turbadoras me hicieron ser consciente de la necesaria intervención de Zoilo. Son cuestiones demasiado importantes como para no buscar refugio en sus conocimientos.

Así que lo invité a mi ático, y antes de cenar lo puse en antecedentes sobre mis desconcertantes reflexiones.

A continuación, transcribo literalmente sus respuestas para que usted saque sus propias conclusiones, ya que yo no las entendí del todo.

— El Hombre siempre ha creído —comenzó diciendo Zoilo— que por el simple hecho de ponerle nombre a algo ya conoce y domina ese algo.

¡Cáspita! Me dije. Convendrá usted conmigo que como comienzo no está nada mal.

Puse mis cinco sentidos en intentar seguirle, aunque con dudoso éxito.

— Así, por ejemplo —siguió Zoilo—, el Hombre llamó Big Bang a una explosión cósmica, y entendió que con ello conocía el principio del Universo —y continuó tras un instante de reposo—. Llamó “Evolución” a la transformación de los seres vivos y con ello creyó entender el origen de las especies. Pues bien, ni el Big Bang es el comienzo de nada, ya que

posiblemente solo sea manifestación de uno de los muchos universos paralelos existentes en uno de sus ciclos de contracción y expansión; ni la Teoría de la Evolución está detrás de la evolución de las especies, pues estas nacen como producto de la combinación casual de partículas, prosperando sólo aquellas que desde el principio tienen

las características que les permiten sobrevivir en su entorno específico.

¡Joder, vaya inicio! Volví a pensar, para después decir en voz alta:

— ¡Ya! ¿Y con todo eso quieres indicar...?

— Que si la gacela no hubiese nacido con la velocidad como herramienta de defensa jamás hubiese prosperado y habría desaparecido, pues el león hubiese terminado con ella en la primera época de su aparición como especie animal y no habría tenido tiempo para evolucionar.

— ¡Ya!

— Pues el hombre igual. Si no hubiese nacido en el principio de los tiempos con el mismo nivel de inteligencia que actualmente tiene, tú y yo no estaríamos hoy disfrutando de estas copas, pues las fieras nos hubiesen exterminado ya que somos muy débiles físicamente comparados a la mayor parte de ellas. Tenemos una inteligencia que escasamente nos capacita para tener la habilidad de crear herramientas para defendernos, pero no la suficiente para entender el Universo del que formamos parte, y es por ello que creamos descabelladas teorías científicas y aún más descabelladas filosofías religiosas. Es una inteligencia que nos permite saber que las emociones son la salsa de la vida, pero no nos permite conocer que la razón debe ser la conductora de la misma.

Tras este inicio de charla —o conferencia como usted prefiera llamarlo— decidimos hacer un alto para cenar, pero sobre todo para respirar pues no me había enterado de nada.

Tras la cena vimos una película antigua, y después nos sentamos en unos cómodos sillones para disfrutar de una tranquila y relajada velada con nuestros correspondientes habanos y copas, disfrutando de un excelente coñac Napoleón.

He de confesar que estos ratos siempre me han gustado, pues me sigue pareciendo sorprendente que puedan existir dado lo diferente que somos Zoilo y yo. De hecho, él es inteligente, leído y reflexivo; mientras yo soy...

Bueno, lo que quiero decir es que le aprecio, a pesar de que algunas veces no entiendo todo lo que dice. Pero más asombroso todavía me parece que él me aprecie a mí. Pero así es. De hecho, es un hombre de poca paciencia, en cambio, conmigo, no demuestra esta faceta de su carácter. Al contrario,

procura que nuestras conversaciones fluyan sin hacer demasiado alarde de esa cantidad de palabras raras que aprende en tantos libros que lee.

Bueno, no sé si me he vuelto a perder y de camino le he extraviado a usted, estimado amigo. Así que retomo el asunto. Como decía, nos encontrábamos charlando Zoilo y yo pacíficamente con nuestros puros y copas. Era una agradable y serena noche. Perfecta para estos menesteres de la comunicación humana.

Habíamos visto la película clásica “*2001 Una Odisea del Espacio*” y ella dio inicio a nuestra conversación. Surgieron diversas apreciaciones sobre la misma. La primera es que el autor debería haberla llamado 2111, pues había sido muy poco previsor al denominarla 2001, ya que hace un montón de tiempo que ese año ha quedado en el olvido y la tecnología que describe la película no existe ni por asomo.

Por otro lado, opiné que la primera parte me parecía razonablemente entretenida pues especulaba sobre el origen del hombre, pero la segunda un plomazo incomprensible con muchas luces acompañadas de los acordes del Danubio Azul. Sé que su director es de esos que los expertos en cine califican como “director de culto”; pues debería haber sido un poco más culto y saber que en el año 2001 no estaríamos haciendo viajes a Marte y otros planetas como el que va al centro comercial, que es lo cuenta en el film. No sé cómo le fue como director de cine, pero de vidente habría pasado mucha hambre como yo en el Centro de Estética.

He de confesar que me dormí durante las inacabables imágenes de luces abstractas acunado por el ritmo del vals que las acompañaba. “¿*Qué significaban aquellas imágenes del film?*” fue la primera pregunta. Y la respuesta fue clara: “*ni lo sé ni me importa.*” En resumen, me trae sin cuidado lo que pretendan significar aunque los snobs digan que aquello, precisamente, es la esencia de la película y que es una obra maestra. ¡Pues toda suya señores snobs, ustedes que la disfruten! Aburrida lo es un montón, pero, eso sí, altamente recomendable para la sagrada hora de la siesta. Con el vals y las lucecitas de colores se duerme la mar de bien.

Lo bueno que tiene Zoilo es que sabiendo todo lo que sabe —y podría presumir por ello— no es un snob. Si algo no le gusta lo dice sin artificios; y en el caso que nos ocupa coincidíamos plenamente, así que rápidamente nos olvidamos de esa parte de la película.

Pero la primera parte, que cuenta el origen del hombre en versión cinematográfica, sí me interesaba y por ello nuestra conversación tomó ese derrotero.

Le pongo en antecedentes por si usted no lo sabe. Zoilo es de los que

ponen en duda la fiabilidad de la Ciencia y da sus razones para ello. Afirma que las irrefutables verdades científicas de hoy, no son más que las teorías fallidas de mañana. Por eso él, entre otras, no cree nada de la historia que del hombre cuentan los antropólogos. Asevera que estos son unos profesionales muy imaginativos, que desentierren un pequeño trozo de fémur de un hombre de las cavernas y aseguran saber el color de los ojos que tenía, el dentífrico que usaba, el nombre de la suegra y el número de hijos que había parido la mujer del individuo en cuestión al que había pertenecido el trozo de fémur. Es decir, las conclusiones de estos profesionales consisten en un uno por ciento de ciencia y un noventa y nueve de fantasía. Pero esa fantasía es la que gusta a los medios de comunicación quienes la extienden por el mundo como verdad absoluta.

Zoilo mantiene que la inteligencia no progresa. Que tenemos la misma de aquellos señores de las cavernas, solo que como somos más habitantes sobre la tierra tenemos mayor contacto unos con otros y eso acelera los conocimientos pues se comparten a gran velocidad, cosa que en los tiempos antiguos no pasaba porque las tribus estaban muy aisladas entre ellas; y mejor así, ya que cuando se encontraban no solían ser muy amables unas con otras.

De esta reflexión brotó mi oportunidad para plantear las preguntas claves; aquellas que habían nacido durante las largas horas de aburrimiento y hambre en el Centro de Estética. Me dije, esta es la mía, y como disparos las lancé.

— ¿Por qué crees que somos un animal tan mal adaptado a este planeta? ¿Por qué todo lo bueno y placentero es malo para nuestra salud? ¿Por qué hemos de usar ropa y techo para protegernos, y por qué es tan doloroso parir?

— La respuesta a todo ello es una sola y muy sencilla —manifestó Zoilo sosegadamente—. El hombre durante siglos viene preguntándose si los extraterrestres han llegado a la Tierra. Y claro que han llegado: Somos nosotros. Por eso estamos tan mal adaptados.

Mi mano quedó con la copa detenida a medio camino entre la mesa y la boca, la cual permaneció abierta hasta que, segundos más tarde, me di cuenta y la cerré.

Él lo había dicho como el que habla del tiempo. Sin pestañear. Sin aspavientos. Sin darle importancia y como si fuese una obviedad.

Sólo pude articular:

— ¿¿Cómo dices??

Vi que él miraba tranquilamente las luces de la noche por la amplia ventana de la terraza, saboreando el coñac y el puro. Me dio la impresión de que no pensaba seguir con el tema. Como si la afirmación que acababa de

hacer fuese tan simple y evidente que no merecía más aclaración. Pero la verdad es que me tenía sobre ascuas, porque si eso lo hubiese dicho otra persona me hubiese reído y le hubiese contestado con cualquier irónica gracia. Pero lo había dicho Zoilo, y Zoilo es la cordura y el conocimiento en mayúsculas. Así que, como no seguía con el tema, me vi obligado a insistir en el asunto.

— ¿Te refieres a que nosotros somos esos hombrecillos verdes de orejas puntiagudas?

— No, no creo que fuésemos así —respondió—. La verdad es que no tengo ni idea de cómo eran esos antepasados nuestros que llegaron de las estrellas.

¡Vivía sin vivir en mí! Sé que esta frase era de alguien antiguo —no sé si un cura o un general romano—, pero la cosa es que describía perfectamente mi estado de ansiedad ante la importancia de la información que estaba recibiendo.

— Pero ¿cómo pudo suceder?

— Muy simple —respondió tranquilamente—. La inteligencia apareció de golpe desde los primeros tiempos del hombre y hemos podido comprobar que no crece, pues es obvio que nosotros no somos más inteligentes, por ejemplo, que los griegos o los romanos. Por ello es razonable suponer que unos genetistas de fuera de la tierra, pero mucho más inteligentes que nosotros, experimentaron hace más de un millón de años, como si de un laboratorio se tratara, mezclando su carga genética con diversas especies de primates de este planeta, y de ahí nacieron los distintos subgéneros de homínidos. Unos, como el Neandertal, se extinguieron; y otros, como nosotros, hemos llegado hasta aquí. Es por esta razón por la que estamos muy mal adaptados, porque un porcentaje importante de nuestro origen no es de este planeta que llamamos Tierra. El animal que nació de esas combinaciones, o sea nosotros, conserva parte de las dos ramas genéticas de las que proviene, pero presenta inadaptaciones y por ello mucho de lo que como simio nos gusta, como extraterrestres nos perjudica. Es así de sencillo —y tras una pequeña pausa apuntilló—. En verdad el experimento no fue demasiado brillante en sus resultados, pues nació como producto de él un animal, el Hombre, que perdió parte de las cualidades físicas de los simios y buena parte de la inteligencia de los extraterrestres. Pero en fin, a pesar de ello por aquí andamos todavía...

Tres horas más tarde, ya en la cama, seguía con los ojos abiertos como platos dándole vueltas al tema. “¡Yo un E.T...!”

Así que tanto preguntarnos por los extraterrestres y resulta que somos nosotros. Tanto imaginarlos verdes y con antenas, y al final hasta Scarlett

Johansson es extraterrestre. Tanto pensar que era gente que nos iba a atacar o masacrar y resulta que no es así, que los extraterrestres somos personas honradas.

No sé a qué hora conseguí dormirme esa noche, pero sí sé que soñé con extraterrestres, porque soñé con Scarlett.

LA DICHA INCIERTA DEL AMOR

Los hippies no tenían razón cuando decían aquello de “*haz el amor y no la guerra*”. ¡Créame, no tenían razón! Estaban equivocados.

Piénselo por un momento. ¿No es verdad que al final —salvo honrosas excepciones— lo que comienza como amor termina frecuentemente en guerra para regocijo de abogados? Por tanto, la guerra es algo implícito en el amor, y viceversa. Espere, quizá me esté liando un poco.

Voy a intentar aclararle lo que pretendo decir. He de comenzar por precisar que estos pensamientos comenzaron a surgirme e inquietar, probablemente, como consecuencia de que se había presentado un día tormentoso, y, para colmo, no tenía mi periódico deportivo habitual para acompañar al desayuno consistente en café, zumo de granada, tostadas con mantequilla y alguna bollería fina. Esa ausencia de la prensa solía sumergirme en la melancolía. Claro, es lógico, pues no tenía adonde dirigir la mirada mientras comía, y eso hace que los pensamientos vuelen al no tener algo concreto e importante donde concentrarse.

La cosa es que mientras satisfacía la vital necesidad de comer, comenzó a brotar, a falta de cosa mejor que hacer, otra necesidad no menos vital: la de pensar.

Seguro que en el origen de esos pensamientos tuvo mucho que ver el hecho de que ayer por la tarde, cuando fui a comprar mi periódico deportivo preferido, encontré cerrado el quiosco donde suelo adquirirlo, y el quiosquero había dejado un cartel que indicaba la causa de su ausencia. Dicha causa era la boda de su hermana.

Está bien. Lo comprendí, pues soy un tipo tolerante con los fallos ajenos, a pesar del irreparable daño que me había producido durante el desayuno al no poder leer los titulares deportivos mientras despachaba el zumo de granada y las tostadas. Por todo ello me dio por reflexionar sobre el quiosquero y la hermana, aunque eso me fue llevando poco a poco por otros laberínticos caminos mentales.

Lo primero que vino a mi cabeza era una pregunta: “*¿Pero es que todo el mundo se casa menos yo? ¿Pero es que cualquiera, incluida la hermana del quiosquero, tiene acceso al amor matrimonial menos yo?*”

La verdad es que no conocía de nada a esa buena mujer, pero comenzaba a tomarle antipatía pues era evidente que se había suscrito, como casi todo el mundo, a ese latiguillo con el que los cuentos infantiles terminan siempre: “*y al final se casaron, fueron felices y comieron perdices*”. Y esta frase, a estas

alturas de la vida, siempre despierta inquietudes en nosotros los solteros y solteras.

Así que continuaron las preguntas sin respuestas: “*¿Es que no existe otra forma razonable para que las personas organicen su existencia? ¿Es que la soltería es tan mala?*”

Pues la verdad, ahora que lo pienso bien, he de reconocer que yo no vivo nada mal sobre todo comparado, precisamente, a mis amigos casados. No tengo pañales que quitar, ni malas noches que padecer por niños llorones. Tampoco he de soportar caras de reproche de la cónyuge por tomar cerveza o ver fútbol por televisión, o por no cerrar la tapa del wáter o ver películas del oeste. Y ellas, a su vez, no tienen que soportarnos a nosotros y a nuestras íntimas peculiaridades. Y, sobre todo, nos unimos con otras personas sólo cuando nos apetece, pero no como producto de una obligación diaria. “*En realidad —pensé— no está nada mal*”.

Pero, a pesar de estas irrefutables ventajas de la soltería, por un momento me asaltó la preocupación de que a lo mejor continuando soltero jamás conocería el amor.

Este pensamiento me dejó desazonado y maldije, una vez más, al quiosquero por no haberme provisto del periódico deportivo. Si hubiese cumplido con su obligación seguro que yo estaría ocupado en otros temas más importantes, como el último penalti clarísimo y no cobrado por el árbitro a mi equipo favorito. Pero me tenía que resignar. No tenía el dichoso periódico y no podía evitar tener recuerdos continuos y malévolos sobre el quiosquero y su hermana. En definitiva, la ausencia de lectura me llevó a preocuparme por la duda de si el amor sería algo vedado para mí.

Y de pronto me di cuenta: ¡Pero que estupidez estaba pensando! ¡Claro que he tenido la experiencia de conocer el amor! Lo he sentido por mis padres y hermanos, por amigos, por un perro, por un equipo de fútbol y por una antigua novia. Por ese orden.

“*¡Fuera depresión!*” —me dije—. “*¡Claro que conozco la dicha incierta del amor!*” Esto es una verdad incuestionable, pero entonces me dio por preguntarme qué es eso del amor. Confieso que sigo sin saber en qué consiste a pesar de haberlo experimentado.

¡Qué complicada se vuelve la vida cuando se piensa más de la cuenta por no tener cosa mejor que hacer!

La incertidumbre que esta interrogante creaba me llevó a la convicción de que había llegado el momento de recurrir a Zoilo. Como usted sabe éste lo conoce casi todo por tantos libros que lee, y esos conocimientos suelen ser de gran utilidad para mí, aunque a veces no entienda todo lo que dice. Bueno,

casi nada.

Miré el reloj no fuese a ser temprano para mi amigo. Resolví que era buena hora para llamarlo por el celular.

— Buenos días —dije al oír su voz.

— Buenos días —dijo al oír la mía.

— ¿Estas despierto?

— Espero que sí, pues si no es así será que estoy en medio de una pesadilla donde alguien me llama muy temprano.

— Discúlpame, pero necesito preguntarte algo urgente que me inquieta, quema y angustia.

— ¿A estas horas de la mañana?

— Sí

— ¿Qué?

— El amor, pues no sé qué cosa es.

Intuyo que se bloqueó, ante la pregunta realizada como un disparo a bocajarro, porque se produjo un largo silencio. Prudentemente lo dejé transcurrir hasta que, pareciéndome demasiado dilatado, me preocupó que le hubiese pasado algo; o, mejor, que se hubiese vuelto a dormir.

Pregunté:

— ¿Estás ahí?

Tras otro momento de silencio, le escuché contestar:

Desmayarse, atreverse, estar furioso,

áspero, tierno, liberal, esquivo,

alentado, mortal, difunto, vivo,

leal, traidor, cobarde y animoso.

No hallar fuera del bien, centro y reposo.

Mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,

enojado, valiente, fugitivo,

satisfecho, ofendido, receloso.

Huir el rostro al claro desengaño;

beber veneno por licor suave,

olvidar el provecho, amar el daño.

Creer que un cielo en un infierno cabe;

dar la vida y el alma a un desengaño.

Esto es amor, quien lo probó, lo sabe.

¡Dios mío! Me quedé helado. Jamás había oído unos versos tan rotundos, y menos recitados por alguien recién despertado.

— ¡Qué bárbaro! —No pude menos que exclamar— ¿Lo acabas de inventar así sobre la marcha; sin más...?

— Es un soneto de Lope

— ¿Qué López? ¿Lo conozco?

— López no. Lope —precisó, para después continuar detallando—. Las terminaciones en Z de apellidos españoles significan hijo de...

Le interrumpí pues mi mente tuvo una repentina iluminación.

— ¡Ya entiendo por qué el apellido de tantos políticos termina en Z!... Hijos de...

— Podría ser. Bien pensado —aprobó, aunque después me pareció notar un cierto sarcasmo en su voz—. Pero la cuestión es que López, antiguamente, significaba hijo de Lope, como Sánchez hijo de Sancho, o Martínez hijo de Martín.

— Vale. Quedamos entonces en que el autor de esos versos sobre el amor se llama Lope.

— Sí. Lope de Vega

— Pues no, no recuerdo haberlo visto —precisé tras intentar hacer memoria durante un instante.

— Es difícil que lo conozcas personalmente —dijo suavemente, aunque me pareció detectar de nuevo un ligero toque irónico—. Como no hayas nacido hace más de trescientos años, es complicado que hayas coincidido con él en tus paseos por el parque.

Comprendí la broma y se la alabé por teléfono. Era evidente, yo no podía conocer a ese tal Lope pues este era muy viejo, y con ello Zoilo había hecho un chiste a mi costa. Él es así, y aunque no sé si se ríe conmigo o de mí, pelillos a la mar, y fui a lo que me interesaba.

Le expliqué lo que me había pasado con el periódico y la responsabilidad que en ese hecho tenía la boda de la hermana del quiosquero.

— ¿Tú crees que tanto tú como yo, que somos solteros, estamos equivocados pues de viejecitos si no nos casamos nadie nos amará y cuidará?

— Qué más da —respondió—. Cuando seas viejo, casado o sin casar, tendrás que ir a una residencia de mayores para que te cuiden, a no ser que tengas dinero suficiente para pagar cuidados en tu propia casa. Los hijos, actualmente, tienen que trabajar para pagar sus hipotecas y no podrán cuidarte; lo más que podrán hacer será visitarte los domingos. La costumbre de las familias cuidándose unos a otros terminó hace bastantes años. Pertenece a esa época en que la mujer no trabajaba fuera de casa y todos los miembros de una familia vivían juntos.

— Pues casi todo el mundo se sigue casando, y eso será por algo...

— Sí, por inercias de la costumbre —contestó, para después continuar—. Mira, la mujer tiene una inteligencia social superior a la del hombre. Ahí está parte de la explicación. Y otra parte es que ellas saben perfectamente combinar las ventajas del mundo antiguo, incluyendo las grandes fiestas de las bodas que les encantan por aquello del final de los cuentos; y las del actual, consiguiendo la misma libertad sexual que el hombre.

— ¿Quieres decir que son más lista?

— Quiero decir que tienen gran capacidad para adaptarse a los tiempos y sobrevivir a los cambios mejor que nosotros.

— ¡Ya...!

— Préstame unos minutos de tu vida y te lo aclaro recordando un poco la historia.

— Ah, gracias. Me encanta la historia.

— Pues escucha. Cuando el hombre vivía en las cavernas la mujer dependía para su subsistencia, y la de su prole, de que el cazador volviera con ella. La seguridad alimentaria era el elemento esencial que motivaba sus comportamientos, y para conseguirla intentaba parecer lo más atractiva posible y convertirse en una promesa de placer sexual exclusivo para el varón que regresaba del trabajo trayendo el sueldo a casa, en forma de antílope muerto. Incluso esa necesidad de seguridad le llevaba a hacer la vista gorda si su hombre tonteaba con alguna vecina de otra cueva. Así que era tan fundamental parecer atractiva a la mirada del hombre que la proveía de alimentos que, a cambio, debía resignarse con sus infidelidades. Ella intentaba ser, o al menos parecer, mujer de un solo hombre con el fin de no perder a este, mientras él se divertía de vez en cuando con alguna otra.

Hizo una pausa, y continuó.

— Pero después llegó la época del Imperio Romano. Fue una larga etapa

de progreso y seguridad, y la mujer ya no necesitaba al hombre para alimentarse. Con su inteligencia social lo comprendió y exigió un rol igual al de ellos. Se acabó la resignación de soportar infidelidades del marido y la exclusividad en los amores. Querían los mismos privilegios, incluidas aventuras amorosas. De ahí nacieron los amantes, las orgias, el manejar sus caudales propios y entrar en la política, deportes...En definitiva, comenzaron a divertirse disfrutando de todo lo que hasta entonces habían sido campos típicos masculinos. Es muy ilustrativa al respecto la frase que circulaba por aquellos tiempos y que decía: *“Los hombres romanos que gobiernan el mundo, son los únicos hombres del mundo que son gobernados por sus mujeres”*.

Yo estaba extasiado oyéndole. ¡Hay que ver todo lo que se aprende con este hombre!

— Después llegó la edad media —continuó Zoilo—. De nuevo todo fue inseguridad, incultura, miseria y hambre. La mujer volvió de nuevo a sus comportamientos de las cavernas. Así que no sería hasta la llegada del siglo veinte, es decir hace apenas unos años y solo en occidente, cuando vuelve a exigir, y conseguir, el mismo estatus del hombre en todos los sentidos, porque estamos atravesando otra etapa de cierta prosperidad y aparente seguridad.

— ¡La leche, son muy listas!

— Claro, y el hombre cede porque es más torpe y porque no puede vivir sin la promesa de placer que el cuerpo de la mujer representa. Y ellas, que lo saben, naturalmente lo aprovechan. Así que, por un lado, la mujer mantiene viva la antigua costumbre de conseguir un marido para que le acompañe al altar el día de la boda vestida de blanco, como en los cuentos, y que después le resuelva las chapuzas caseras; y a eso llamamos matrimonio. Pero, por otro, quiere ser mujer romana con relaciones múltiples, el control de su economía, acceder a puestos que hasta hace poco eran exclusivos de los hombres, y con todo ello consigue crearnos a nosotros complejos de inferioridad que tratamos de resolver con esteroides en los gimnasios. Al menos intentamos que nos quede la apariencia de ser más fuertes físicamente que ellas, ya que tenemos perdida la batalla de la inteligencia.

Yo intentaba asimilar lo que Zoilo decía, pero mi impresión es que nos habíamos perdido por el camino de la historia. Al menos yo me había perdido. Es por ello que intenté que volviera a mis inquietudes básicas.

— En definitiva, desde el punto de vista del amor, cuál es el mejor estado civil para mujeres y hombres... ¿Solteros, casados para siempre, casados varias veces, rejuntados, divorciados, viudos...?

— Cualquiera —respondió, para después continuar—. Mira, mientras no encontremos mejor respuesta el único objeto de la vida es el disfrute de la

misma, por más que costumbres sociales y Estados intenten impedirlo. En ella cada cual debe escoger su propio camino, ya que la vida es un hecho individual y depende de la actitud de cada persona el disfrutarla, o el convertirla en sufrimiento al sumergirse en un perpetuo estado de melancolía por desear siempre justo aquello que no tiene, lo que le impedirá ver las virtudes de lo que tiene.

— ¿Y la experiencia de tener hijos? ¿Nos la perdemos los solteros? — pregunté inquieto—. Además, si no los tenemos la raza humana terminará desapareciendo.

— En primer lugar, si lo deseas ¿por qué hay que estar casado para tener hijos? ¿Cuál es el problema para ello? —Y continuó— En cuanto a lo segundo, antes o después desaparecerá el género humano. Pero mientras eso llega te aconsejo que no te dediques a cargar sobre tus espaldas la responsabilidad de la preservación de nuestra especie. Bastante tiene cada cual con intentar ser feliz, que es la mayor obligación que tenemos las personas al nacer. Por otra parte —terminó la reflexión—, te aseguro que si el hombre desapareciera el Universo seguiría su majestuoso camino sin echarnos de menos.

Al final creo que, por esta vez, entendí bastante bien las detalladas explicaciones de Zoilo, y ellas me conducen a la convicción de que en cualquier tipo de vida es posible encontrar el amor; que ningún estado social garantiza la felicidad y, por tanto, como lección para aplicármela a mí mismo pensé: “*¿por qué ser infeliz permitiendo que los demás escojan el camino de mi vida, cuando puedo ser infeliz escogiéndolo yo mismo?*”

Por un instante quedé sumido en profunda meditación intentando entender toda la extensión de este pensamiento que se me acababa de ocurrir. Después no pude menos que exclamar “*¡Joder, que nivel! ¡Cómo voy aprendiendo de las cosas de Zoilo!*”

Creo que usted estará de acuerdo conmigo si piensa bien esa frase. ¡Es muy elevada! Me salió así de repente, por intuición. Yo la voy comprendiendo poco a poco.

Seguro que comparte conmigo que si dicha frase la hubiese pronunciado algún personaje importante pasaría a la historia, como, por ejemplo, sucede con “*llegué, vi y vencí*”, que me parece dijo un general llamado Casanova tras visitar a una condesa, cuando hablaba con unos amiguetes presumiendo de su aventura amorosa. O esta otra: “*Nunca tantos debieron tanto a tan pocos*”, que pronunciamos diariamente los pocos que pagamos impuestos en este país en referencia a los muchos parásitos que se benefician de ellos. O aquella otra que dice: “*Quien obra puede equivocarse, pero quien no hace nada ya está equivocado*” Que ni sé de quién es, ni qué significa, pero me gusta.

¡¡LO QUE CAMBIAN LOS TIEMPOS!!

Aquel día me desperté temprano —a eso de las diez y media de la mañana — inquieto por los pensamientos y reflexiones que me había producido la lectura de la Biblia, que por insistente recomendación de Zoilo había iniciado hacia poco, y que, para colmo, incluía el ejercicio lector de los dos Testamentos, el antiguo y el nuevo.

He de confesar que aún estoy intentando recuperarme del esfuerzo que he necesitado desplegar para afrontar con valor tan gigantesco desafío. Me refiero al reto que supone leer un libro como la Biblia... Mejor dicho, al reto que supone leer un libro.

A lo peor usted es uno de esos que al analizar lo que estoy diciendo mueve la cabeza con reprobación, acompañado por un gesto de desprecio, porque mi hazaña no le parece digna de mérito alguno. Pues si su comportamiento ha sido de esta guisa permítame manifestarle que no lo puedo compartir con usted, porque pasar de los titulares deportivos —que es la única lectura que hasta ahora anduvo cerca de mí— a la Biblia, es como cambiar de golpe del hielo al fuego, o de la cumbre del Everest al mar más profundo, o del caviar a las lentejas, o de los zapatos italianos a las playeras, o del esmoquin al chándal... En fin... He agotado mi capacidad para construir analogismos, pero usted ya me entiende.

Sea como fuese he de reconocer que muchas cosas me han llamado la atención en esta nueva experiencia que es la lectura. La primera sorpresa lo supuso descubrir que haya gente capaz de escribir tantas letras sin hacer mención a noticia deportiva alguna. Pero aún más me ha sorprendido el inesperado descubrimiento de que nuestro idioma tuviese tantas palabras con las que poder rellenar tantas páginas. ¡Quién lo hubiera dicho! “*¿Tantas utiliza la gente para hablar?*” —me pregunté reflexivamente a mí mismo. La verdad es que no lo veo claro; habré de consultarlo y ya puede imaginar a quién.

Pero por no entretenerle más, y continuando con el deseo de compartir esta novedosa experiencia con usted, en resumen, la cosa consistió en que comencé mi práctica lectora con la Biblia por sugerencia de Zoilo, aunque confieso que en ciertos momentos de dudas cometo el sacrilegio de preguntarme si estuvo acertado en que este fuese un buen inicio para dicha práctica lectora. Pero, en fin, el que sabe, sabe; y Zoilo... sabe mucho. Así que no deberá estar equivocado en su consejo.

Me puse a ello, y con mi ampliamente reconocida agudeza de análisis pronto descubrí en dicho libro cuestiones tan curiosas como delicadas. Para no andarme por las ramas le señalaré algunas de ellas con el único objeto de que

usted pueda establecer sus propios juicios.

En un pasaje cuenta la Biblia que Dios, un buen día, ordenó a un señor llamado Abrahán que le ofreciese su único hijo Isaac en sacrificio. Sin discutir, Abrahán —es decir, el padre del niño— llevó a Isaac —es decir, el niño del padre— a la cima de un monte, cuyo nombre no recuerdo, donde ató a su hijo e inmediatamente levantó el cuchillo para sacrificarlo como Dios le había ordenado.

Menos mal que la historia terminó bien porque en el último instante un ángel lo detuvo, al parecer por considerar Dios que Abrahán había superado la prueba de lealtad.

“Lo que cambian los tiempos”, pensé. Si en la actualidad cualquiera de nosotros viera a Abrahán levantando el cuchillo contra su hijo llamaríamos inmediatamente a la policía, lucharíamos por detenerlo, e incluso aunque después le viéramos bajar el cuchillo para desistir de su empeño esperaríamos que la policía lo detuviera por intento de asesinato y los servicios sociales le quitara la custodia del niño. En cambio, en la Biblia, a Abrahán lo aplauden como a uno de los grandes profetas.

¡Cómo cambian los tiempos, ser héroe o delincuente solo depende de la época que te haya tocado vivir!

Pero sigamos. Otro pasaje que leí con atención fue el que hace referencia a cuando Moisés fue de excursión a una montaña para recibir los Mandamientos de Dios, y que como eran muchos los escribió en una tabla para no olvidarlos.

Al parecer se entretuvo más de la cuenta allí arriba y, cuando volvió, la mayor parte del pueblo de Israel —seguramente aburrido de la espera— se divertía en una fiesta en plan apoteósico. Es decir, se dedicaban a beber, cantar, bailar y a tener todo tipo de relaciones unos con otros, intercambio de fluidos incluidos. O sea, lo que sucede actualmente en cualquier exitosa discoteca de moda.

Pues bien, Moisés cuando bajó de la montaña y los vio en ese plan dice la Biblia que montó en el que debe ser el caballo más famoso y longevo de todos los tiempos — Cólera—, les soltó una bronca frenética y les amenazó con grandes castigos, al tiempo que en un ataque de ira destruía todo lo que iba encontrando, inclusive las tablas con los Diez Mandamientos al pegar con ellas a más de un pecador en la cabeza.

“¡Cómo cambian los tiempos!” —volví a pensar. Hoy cualquiera que hubiese puesto en marcha un garito con ese nivel de éxito sería reconocido y aclamado como un gran emprendedor, en vez de ser acusado de sacrilegio y abroncado; e, indudablemente, pondría una suculenta demanda a Moisés por los daños y perjuicios ocasionados durante su ataque de furor.

Pero aquí no acaba la cosa pues también en el Nuevo Testamento encontré algunos asuntos que me preocupan. De hecho, estoy intentando memorizarlos para, en cuanto tenga ocasión, comentarlos con Zoilo y que éste me dé las respuestas adecuadas.

En cualquier caso, querido lector, me va a permitir que le abra mi mente para expresarle aquellas cosas que me sorprendieron e inquietan.

No sé si usted está enterado de que la Virgen María tuvo un hijo y a pesar de ello seguía siendo virgen. Convendrá conmigo que la comprensión de este fenómeno supera todas las mentes, probablemente salvo la de Zoilo que tiene todas las repuestas a cualquier pregunta porque lee muchos libros. A la mía, desde luego, he de confesar que la desborda con creces.

Al parecer, más o menos, el asunto transcurrió de la siguiente forma: un ángel le dijo a María que se iba a quedar embarazada del hijo de Dios y así sucedió. El problema estuvo —pues hay que reconocer que eso no pasa todos los días— que cuando más tarde su marido José se enteró de dicho embarazo cogió un sordo disgusto por ciertas discrepancias de fechas que le hacían dudar sobre la paternidad del niño.

Murmurando andaba el buen hombre por las polvorientas calles de su pueblo allá en Judea, y algunos que le oyeron juraban que le habían oído maldecir entre dientes cosas del siguiente estilo: *“¡A mí me tenía que pasar!... ¡Quién lo hubiese dicho con lo casta que parecía! ... ¡Qué he hecho yo para merecer esto!”*

Pero he aquí que un buen día se le presentó otro ángel, o un arcángel —no sé cuál es la diferencia—, explicándole detalladamente que el embarazo de María había sido por obra y gracia del Espíritu Santo, y que nada tuvo que ver varón alguno.

Por desgracia el Nuevo Testamento no describe la cara que se le quedó a José cuando oyó esta razonable explicación, aunque no es difícil suponerla. Pero, en fin, parece ser que para el buen carpintero aquello supuso una explicación perfectamente lógica pues, a partir de ese instante, dejó de vagar por las calles y dejó de murmurar renegando de su suerte.

“¡Cómo cambian los tiempos!” tuve que volver a pensar, pues si eso hubiese sucedido en la actualidad José se hubiera dirigido directamente a un despacho de abogados especializados en divorcios; se hubiese separado de María rápidamente, y todo ello tras la correspondiente bronca doméstica. En cambio, él lo aceptó como la cosa más natural, porque supongo que en aquellos tiempos debía ser de lo más frecuente que el Espíritu Santo fuese por ahí embarazando a señoras, y ellas pariesen hijos producto de esta unión manteniendo integra la virginidad.

No obstante, he de decirle confidencialmente que todo esto me parece un lio, así que me propongo lo más rápidamente posible consultar a Zoilo al respecto.

Hay otra cuestión que aún me desconcierta más que la anterior y que me plantea algunos interrogantes de profundo calado, los cuales no quiero dejar de compartir con usted.

Veamos, todos sabemos que Jesús es Hombre y Dios, y que en su calidad de esto último era conocedor de lo que el futuro le deparaba. Igualmente, todos sabemos que fue crucificado y muerto en la cruz por los romanos incitados por los judíos. Así que surgen en mí las siguientes reflexiones: Si conocía el futuro sabía que lo iban a matar. Si sabía que lo iban a matar ¿por qué no lo evitó? Si no lo evitó ¿ante qué nos encontramos?

Por otro lado, si aceptamos que suicidio no significa matar a un suizo, sino que es matarse uno mismo, ¿quiere decir que en realidad Jesús se suicidó pues pudiéndolo evitar no impidió su propia muerte?

¡Cómo cambian los tiempos! Hoy el suicidio, o la tentativa de suicidio, es un delito perseguido por la ley. En cambio, antiguamente te encumbraba a la categoría de Dios.

En conclusión, todo esto es más de lo que mi cerebro puede procesar, así que me temo que me hace falta una sesión intensiva y urgente con Zoilo para intentar comprender estos complejos dilemas.

En cualquier caso, he de reconocer que la experiencia lectora solo me ha traído problemas al darme algunas respuestas —pocas—, pero creándome muchas y nuevas dudas que antes, cuando era un feliz iletrado, no tenía.

Me parece que voy a volver a los titulares deportivos.

IDIOTECES DE LOS IDIOTAS, Y OTRAS TONTERÍAS...

Estar aburrido es un mal asunto, porque es la mejor forma que tenemos los seres humanos para crear pensamientos y dudas de todo: sobre los demás, sobre uno mismo, sobre el matrimonio, sobre el cielo y la tierra, sobre los políticos, sobre el calentamiento global, sobre los hijos, amigos, etc. En fin, sobre cualquier cosa.

Debe ser así porque, la verdad, yo cuando estoy recapacitando en los temas importantes como el fútbol o la política no soy capaz de pensar. O mejor, no necesito pensar. Zoilo me dice que eso sucede porque son actividades indignas de pensamiento alguno. No sé lo que quiere decir con esto, pero seguro que tiene razón.

El caso es que andaba aburrido, porque con este calor del verano ni siquiera podía salir a dar un paseo por las calles sin serio riesgo de derretirme, cuando me acordé de una frase que escuché recientemente con motivo de una disputa por cuestiones económicas entre miembros de una misma familia. La frase fue: “¡Maldito dinero!” Al parecer se desahogaron con ella, pues hacían responsable a éste de las desconsideraciones verbales expresadas en la susodicha disputa.

Pero ¿tenían razón al descargar la responsabilidad de su ira y mala educación sobre el dinero? ¿O eso es una estupidez igual a la que significa maldecir el hierro porque alguien mata a otro con un cuchillo fabricado en dicho metal? ¿O una tontería como sería injuriar al marisco porque alguien se pone enfermo tras un atracón? ¿O una idiotez como criticar al alcohol, eficaz desinfectante para las heridas, porque algunos individuos se emborrachan? ¿O una simpleza, como creer a un político cuando dice “*mi gobierno ha realizado un gran esfuerzo destinando ayudas a los más necesitados*” cuando, en realidad, eres tú quien has hecho el esfuerzo porque eres quien paga esas ayudas con tus impuestos? ¿O una sandez como comprar una crema antiarrugas porque la viste en un anuncio aplicándosela una hermosa adolescente de 18 años? ¿O una majadería como es una novia vestida de blanco en sus terceras nupcias? ¿O una necedad como confundir al maltratador de mujeres con la hombría? ¿O una bobada como dar agua a los patos del estanque?

Así que, como no tenía cosa mejor que hacer, me puse a pensar sobre ella. Me estoy refiriendo a la frase sobre el dinero, por si usted lo había olvidado tras tantas interrogantes.

Hace tiempo Zoilo, en una de sus clases magistrales, me había informado de que el dinero, junto el fuego, la rueda y la penicilina, es uno de los grandes

inventos del hombre. Afirma que sin él seríamos incapaces de alimentar a los miles de millones de seres humanos que habitamos este planeta. Que el arcaico sistema de intercambios de bienes sirve sólo si es utilizado entre muy poca gente, y que por tanto es incorrecto lo que afirman algunos melancólicos de la idiotez cuando asocian dicha forma de intercambio de bienes a una supuesta sociedad ideal. Por el contrario, habría todavía mucha más hambre y guerras de las que ya tenemos.

Toca reflexionar a estos respectos.

“Por ejemplo” —pensé intentando situarme mentalmente en una sociedad donde el dinero no existiera— “¿Por qué cosa podría yo cambiar mi periódico deportivo diario que es uno de mis bienes máspreciado? ¿Por un vaso de leche de cabra?” “No” —me respondí con decisión— “porque a mí no me gusta la leche de cabra”. Así que seguí reflexionando: “¿Por un puñado de arroz? ¿Y qué hago yo con él si no sé hacer ni una mala paella? Entonces... ¿por qué cosa podría cambiar mi periódico?”

De pronto se me ocurrió. Tal vez podría cambiarlo por una pastilla de jabón. Esta sí la uso con frecuencia.

Intenté mentalmente explorar este nuevo campo de posibilidades. Cambiar cultura, es decir mi periódico deportivo; por higiene, es decir el jabón, no suena mal. Pero de golpe caí en la cuenta de que mi periódico es diario, y yo no voy a consumir una pastilla diaria de jabón, por muy limpio que sea.

Este problema necesitaba solución urgente. La única que se me ocurrió, tras bastante tiempo de meditación, es que fuese acumulando día a día pastillas de jabón, según las voy intercambiando por mi periódico de todos los días, y después, como me sobrarían muchas, las intercambio por otra cosa. ¡Buena idea! Pero ¿por qué cosa?

“Por unos filetes de pollo.” Resolví en un instante de lucidez. No sería un mal intercambio siempre que al individuo que se lo fuese a cambiar le hiciesen falta varias pastillas de jabón. Supongamos que sí. Que él me da los filetes de pollo por mis pastillas de jabón.

¿Y ahora qué hago con tanto pollo? Porque me crea otra complicación, ya que no aguantan mucho sin congelar los filetes que no consuma inmediatamente.

Vale, resuelto el problema, sólo tendría que encontrar alguien que estuviese dispuesto a proporcionarme un congelador con el fin de poder congelar el pollo que me sobra. ¿Y qué tendría que dar yo al poseedor del congelador para que le interesara cambiármelo? ¿Varios números del periódico deportivo? No creo que los aceptase porque tendrían que ser números atrasados —no le iba a dar varios iguales del mismo día— y por tanto serían noticias retrasadas,

así que seguramente no le interesarían lo más mínimo pues ya conocería dichas noticias.

Mi reflexión continuó ¿Tal vez por un montón de pastillas de jabón de las que había ido acumulando a cambio de mis periódicos? ¡Ahora que caigo no puede ser, pues ya las había intercambiado por los filetes de pollo! Y además ¿cuántas pastillas tendría que darle por el congelador? ¿Cómo se negocia eso?

Nueva idea “*¿Lo intercambio por los filetes de pollo sobrantes de los que había cambiado por las pastillas de jabón?*” —Me dije, pero un rato más tarde caí en la cuenta— “*¿Entonces para qué necesito el congelador si me quedo sin el pollo?*”

Menudo lio. No lo veía nada claro.

Y aquí nace otra dubitativa reflexión en mí ¿Qué tiempo tardaría en llegar a estos acuerdos? ¿Sería tanto que no tendríamos tiempo de fabricar o cultivar productos para intercambiar? Entonces, ¿qué puñetas intercambiamos si no tenemos nada?

La conclusión definitiva es que es una estupidez eso de ¡Maldito dinero! Una vez más Zoilo tiene razón. Deberíamos gritar: ¡Bendito dinero! Aunque quede mal decirlo.

Zoilo dice que sin el dinero jamás podrían vivir sobre la Tierra más que unos pocos cientos de miles de personas, y repartidas por las zonas templadas del planeta. Que la moneda es la representación de la suma de bienes y servicios que cada país produce. Es decir, una especie de cheque al portador por el que dicho país te lo cambiará por bienes suyos de valor equivalente. Es por eso que cuando la producción de bienes de una nación va mal el valor de su moneda cae en picado; primera lección de economía que, aunque usted no lo crea, la mayor parte de políticos que gobiernan nuestros países no tienen ni idea de ella. Así nos va.

Evidentemente esta respuesta nace de Zoilo que en su día me iluminó a estos respectos, como yo ahora los ilumino a ustedes.

Yo casi la entiendo, aunque no del todo. Pero lo que sí entiendo perfectamente es que eso del intercambio de bienes en un mundo sin dinero está muy bien, pero sólo en los cuentos infantiles.

En fin, la verdad es que las personas solemos repetir muchas frases tópicas —como esa sobre el dinero— sin la más mínima comprensión de lo que realmente significan, aunque lo hacemos convencidas de que son verdades incuestionables.

Pongo otro ejemplo de ello. Seguro que, en referencia a algún alimento o medicamento, usted ha oído decir muchas veces eso de “Es muy sano, porque

es un producto natural”, como si eso de ser un producto natural fuera una garantía de bondades indiscutibles.

Para reflexionar sobre esto no me hace falta Zoilo. ¡Hasta ahí llego! La cicutu, los mosquitos, la serpiente de cascabel y los políticos son productos naturales, y, sin embargo, todos ellos dañinos para la salud.

O esta otra frase idiota, que tanto se utiliza con referencia a alguna noticia vista en la pequeña pantalla: “Es verdad, lo vi en la televisión”. Como si verdad y televisión no fueran dos conceptos antagónicos.

También en nuestros conocimientos de la historia tenemos grandes lagunas tontas. Aquí tengo que volver a usar de nuevo la sapiencia de Zoilo, pues ésta es como la Biblia, totalmente irrefutable. Aunque, ahora que lo pienso mejor, tal vez debiera haber usado un símil más afortunado porque no sé si esa es otra frase idiota, pues la Biblia muy fiable, muy fiable... En fin, ya sabe lo que quiero decir: el mundo construido en seis días; la mujer sale de la costilla del hombre; una serpiente hablando con Eva; unas trompetas derriban una muralla... Todo muy raro.

Pero dejemos esto y volvamos a las verdades de la historia que, igual que las frases expuestas anteriormente, las damos por ciertas.

Por ejemplo, todos tenemos la opinión de que el Cardenal Richelieu —el de los Tres Mosqueteros— fue un mal sujeto. Pero parece ser que la realidad no fue esa, y que era él, precisamente, el sostenedor leal de su rey, el cual era medio imbécil. ¿Pero por qué tenemos tan mala opinión del pobre cardenal? La respuesta está en Alejandro Dumas, que con sus novelas nos lo ha descrito con bastante poco apego a la realidad. Por cierto, este sí que era un fantoche. Me refiero a Dumas. Se cuenta que no escribía sus libros, los cuales hacían sus “negros”, y tanto es así que un día en que acababa de publicar uno le preguntó a su hijo: “¿Has leído mi nueva novela?” A lo que dicho hijo respondió: “Yo sí. ¿Y tú?”

En definitiva, parece que creamos nuestras *Verdades* con lo que nos cuentan novelistas y cineastas.

Si no, mire este otro ejemplo de *verdad histórica* que no es verdad, aunque todos la creemos. Me refiero a Ben—Hur. Más o menos todo el mundo ha visto la película, y algunos han leído la novela. Pues bien, la clave de ambas está en los capítulos donde el protagonista es condenado a galeras; tras ello salva al almirante romano y éste lo adopta como hijo. ¡Qué gran historia, si no fuera porque los romanos jamás condenaban a nadie a galeras y en sus barcos remaban los soldados de las legiones! Dice Zoilo que no fue hasta la cristiana Edad Media cuando este tipo de castigo fue implantado.

En fin... ¿ve usted como los días de verano son tan largos que deberían

prohibirlos para no dar ocasión a pensar tanto? O al menos se debería sacar una ley que los acortara, pues, como te aburres, terminas viendo más televisión de lo normal, con lo que te aburres todavía más.

Hablando de verdades y mentiras, y encontrándome practicando la mencionada actividad televisiva antes señalada, es cuando tuve ocasión de ver un anuncio de Peugeot que consistía en lo siguiente: un carro de dicha marca corría a toda velocidad por una planta alta de un edificio, y de pronto saltaba al vacío para después aterrizar perfectamente, sin un solo rasguño, sobre la azotea de otro edificio. El piloto era un mono. Hasta ahí todo normal.

Pero lo curioso es que durante todo el desarrollo del spot se podía leer una advertencia que decía: *“Peugeot advierte que estas escenas han sido rodadas por especialistas en circuito cerrado. No lo intestes hacer tú”*.

Mi mente se disparó: ¿Tan idiota somos que existe el peligro de que alguien pueda creer que esas imágenes son ciertas? ¿Tan cortos de entendederas somos que no sabemos que son sólo trucos de imágenes?

Mi inevitable conclusión fue la siguiente: Si alguien cree que se pueden hacer cosas así con un automóvil, es claro merecedor de estrellarse intentándolo. Así que ruego a los señores de Peugeot que eliminen esas advertencias, y si algún descerebrado quiere imitar las imágenes del anuncio televisivo que lo haga, y que se estrelle. Se lo merece, y su ausencia no supondrá ninguna gran pérdida para nuestra especie, pues no habría sido otra cosa que un idiota más haciendo idioteces.

BUENOS Y MALOS

No me pregunte por qué, pero he de confesarle que siempre ha sido para mí una aspiración secreta lograr ser el malo de la película. Ya sé que suena raro, qué le vamos a hacer. Pero no crea usted que es fácil conseguirlo. ¡Qué va!

Este tema de los buenos y malos es más complicado de lo que parece a simple vista. Si no observe.

¿Alguna vez ha visto una película de Bond... James Bond? Seguro que sí, porque me estoy refiriendo a ese súper agente conocido por sus íntimos como 007 al servicio de su Graciosa Majestad, y con licencia para matar.

Pues bien, ¿no le parece a usted que este caballero más que proteger al mundo —que se supone es su misión—, es el mundo quién debería protegerse de él pues suele producir más destrucción, muertos y heridos de los que pretende evitar?

Estos últimos los produce de todas las maneras y formas posibles. Me refiero a los muertos. Por disparos —que suele ser el método más vulgar—, devorados por enormes cocodrilos y tiburones, o envenenados por serpientes y arañas. Pero tampoco le hace ascos a fórmulas más sutiles: asfixia cutánea por pintar con pintura de oro el cuerpo de una chica preciosa; con rayos láser; electrocutar gente con ventiladores en las bañeras, o arrojarlas desde un tren, avión o barco; aunque también logra buenos resultados lanzando individuos al vacío desde satélites espaciales... En fin, un amplio catálogo de formas de cargarse al personal. A lo que cabe añadir edificios ardiendo, automóviles y barcos que explotan, barrios enteros devastados... ¡Este señor debe ser el terror de las compañías de seguros!

Con el debido respeto me atrevo a sugerir a su Graciosa Majestad que debería plantearse contratar a otro súper espía para que vigile y controle a 007, con el fin de impedir la ruina que este va organizando a su paso. Es como Atila, donde pisa no crece la yerba.

La pregunta es ¿007 es uno de los buenos? Si la respuesta es sí —como casi todos tendemos a responder automáticamente—, me gustaría saber qué tengo que hacer en esta vida para conseguir ser uno de los malos. El nivel lo pone muy alto.

Hay que reconocer que esto de la bondad y de la maldad es un asunto complejo, pues salvo deshonrosas excepciones como Hitler, Stalin, Mao y, ahora, el repugnante presidente de Corea del Norte cuyo nombre ni sé ni me importa, el resto de veces no está tan claro quién es el bueno y quién el malo.

Veamos otro ejemplo de esto con Kennedy y Kruschchev.

Al parecer, estos dos señores —aquí acudo a la sapiencia de Zoilo, pues lo de 007 era de mi propia cosecha— fueron los que protagonizaron la crisis de los misiles de Cuba allá por los años sesenta, con la que estuvieron a punto de mandar al infierno a todos los bichos vivientes de este planeta.

Les refresco la memoria al respecto. El líder ruso instaló misiles nucleares en Cuba —a 150 kilómetros de Florida—, igual que los yanquis los tenían en Turquía, en la frontera con la URSS.

Como respuesta a dicha instalación de misiles rusos Kennedy decretó un bloqueo de la isla caribeña, cosa que realizó colocando sus buques de guerra en aguas internacionales para impedir que pudiesen llegar más barcos soviéticos con armamentos, mientras exigía a éstos que retiraran los misiles ya emplazados en Cuba. En realidad, este bloqueo era un acto de absoluta ilegalidad —e incluso se podría definir como un acto de guerra—, pues detenía a los barcos de otro país en aguas internacionales por la fuerza de las armas.

Después de muchas tensiones el líder ruso cedió —menos mal, si no ninguno lo hubiésemos podido contar— y comunicó que retiraría los misiles, evitando con ello el holocausto total que hubiese sido el resultado de un enfrentamiento nuclear entre las dos superpotencias.

Kennedy, en las negociaciones secretas que dieron paso a la solución del conflicto, hubo de comprometerse a dos cosas: retirar los misiles que USA tenía en Turquía, y no invadir Cuba. Pero el muy pillo se guardó bien de informar este acuerdo a la plebe para no perder imagen, y decidió no explicar las cesiones realizadas a su homólogo ruso ante la proximidad de unas elecciones. Con ello consiguió aparecer ante el público como el valiente héroe de la historia.

Si no lo cree sólo tiene que ver una película que Hollywood realizó sobre el tema, con Kevin Costner al frente, donde éste terminaba diciendo con cara de admirativo embeleso: *“Una vez más Kennedy ha salvado al mundo”*.

En este caso la historia nos presenta a Kennedy como el bueno y al presidente soviético como el malo, a pesar de que este último fue el que cedió retirando los misiles, y tuvo la caballerosidad de mantener en secreto las condiciones del acuerdo, lo que le hizo pagar un alto precio personal al ser presentado públicamente como el perdedor de la crisis. Poco después, por ello, lo echaron del cargo sus propios colegas. Se sacrificó, pero evitó la guerra nuclear.

Zoilo, que siempre está bien enterado de estas cosas —bueno, y de casi todo—, dice que Kennedy fue un dandy rico, guaperas, irresponsable,

embustero y fante —producto de la prensa del corazón—, que incluso hizo pactos con la mafia para ganar las elecciones, y como incumplió los acuerdos que estableció con esta organización criminal lo terminarían matando más tarde. Afirma que esta historia de su asesinato no se ha querido difundir para no perjudicar su imagen de presidente de relumbrón, padre de familia ideal, y marido amante. Por cierto, que esta última es la única de las cualidades aquí señaladas que tenía en realidad, pero con un matiz muy importante: era amante de cualquier mujer siempre que no fuese la suya.

Bueno, pues como antes decía, en la explicación que Kennedy ofreció al mundo tras la resolución de la crisis de los misiles de Cuba mintió como un bellaco al ocultar las cesiones que había tenido que hacer, con el fin de aparecer ante la opinión pública como todo un superhombre vencedor, lo que siempre proporciona votos de las masas.

Pero, en conclusión, ¿quién era el bueno y quién el malo de esta historia?

Cierto es que existen algunas veces que sí pueden distinguirse claramente los buenos de los malos, por ejemplo en el caso de las dos Coreas actuales. La parte comunista crea misiles y hambre, y la del sur el baile del caballo e Hyundai. Parece que aquí la cosa está bien clara.

Pasa igual con lo del famoso muro de Berlín. Ahí también se podía distinguir quiénes eran los buenos y quién los malos solamente observando la dirección de los que huían. Todos lo hacían del este al oeste, y no al revés. Supongo que esto zanja la cuestión. Pero no todos los casos son así de evidentes, pues en un gran número de ocasiones resulta difícil determinarlo.

Como seguía confuso con el tema, a pesar de tanto esfuerzo realizado por mi solitaria neurona —manera, creo que cariñosa, como Zoilo denomina el contenido de mi cerebro—, decidí lo más lógico: consultar al susodicho. Recuerdo perfectamente sus respuestas, y aquí se las traslado a usted para que pueda forjar su propia opinión.

“Por un lado —me dijo una vez que le planteé mis inquietudes sobre este asunto— se podría afirmar que si no fuese porque los malos existen tampoco existirían los buenos, pues no tendríamos término comparativo. Así que los malos son los que dan sentido a los buenos. Por otro lado, debemos saber que son términos relativos que dependen del punto de vista del espectador”

Muy interesante, recuerdo que pensé, pero con eso no íbamos a ninguna parte. Así que insistí.

—Hombre, no es tan relativo —expresé con decisión—. Observa por ejemplo lo que sucedió en la Segunda Guerra Mundial. Ganaron los que indiscutiblemente eran los buenos.

—Cierto —respondió Zoilo—. Pero no ganaron por ser los buenos, sino por tener EEUU la industria más potente del mundo. De hecho, murieron muchos más aliados que nazis en esa guerra, y también perdieron muchos más tanques, aviones y barcos. Lo que pasó es que la potencia de la industria americana les permitía fabricar armas más rápidamente que las pérdidas que sufrían en los frentes; pero éstas eran enormes. No, no ganaron por ser los buenos o ser héroes, sino porque producían más bombas. Además, permíteme recordarte que entre esos aliados también los había malos, pues Stalin, que era uno de ellos, es un tipo difícil de catalogar, precisamente, como alma bondadosa...

He de confesar que quedé turbado, pero lo olvidé rápidamente pues me encantó como siguió:

—Mira, te voy a contar una historia verídica y tras oírla tú decides quienes son los buenos y malos en ella. Comprobarás que no es fácil.

Me dispuse a escucharle atentamente pues me hechizan las historias, y hay que reconocer que Zoilo las cuenta como nadie.

—Situémonos mentalmente en el siglo XIX, en Hawái —comenzó diciendo—. Kahumano era la reina que gobernaba este archipiélago tras la muerte de su marido el anterior monarca. Hasta entonces las islas Hawái, igual que otras del Pacífico, eran un lugar de vida relajada y sexualidad libre entre sus habitantes, ignorantes de nuestros escrúpulos morales a estos respectos. Para las nativas era motivo de orgullo mostrar una lista larga de amantes, y los hombres procuraban casarse con las más bellas, con el fin de que esta cualidad fuese elogiada por sus amigos. El sexo no tenía nada de pecaminoso, el cual lo acompañaban de cantos, bailes y flores. Las fiestas públicas solían terminar con lo que la cultura cristiana definía como orgías.

Yo le oía atentamente.

—Pero esta reina llegó al poder muy mayor, por tanto había perdido su pasión —continuó Zoilo—, y se le ocurrió rodearse de misioneros anglicanos, los cuales consiguieron que publicase leyes que prohibían el amor libre. Dichas leyes eran tan duras que preveían la muerte para aquel que las infringiera por tercera vez —hizo una pausa para después continuar—. El resultado de esta moralización fue que se extendió un manto gris de tristeza entre los nativos de Hawái y el archipiélago comenzó a despoblarse, pues sus habitantes perdieron el sentido del disfrute de la vida.

—¡Vaya con la reina! —no pude menos que exclamar. Pero me parece que ni me oyó.

—Simultáneamente que la severa moral cristiana penetró en las islas —continuó—, también lo hicieron enfermedades venéreas, el amor por el dinero

y el alcohol. El archipiélago se comenzó a despoblar. Así que decidieron importar mano de obra de Asia, que es la razón por la que hoy existen muy pocos descendientes auténticos de los nativos hawaianos, pero sí mucho asiático. De aquellos tiempos paradisíacos sólo se han conservado las flores y la música. Tú me dirás quiénes eran los buenos y quién los malos.

¡Qué historia más bonita! Pero todo esto me sigue pareciendo un lío, aunque Zoilo no parecía muy dispuesto a deshacerlo. Así que tuve que comenzar a buscar respuestas dentro de mí, y de pronto lo vi: la única razón por la que este tema me interesa, como dije al principio, es porque tengo la legítima ambición desde niño de conseguir ser el malo de la película. No sé por qué, pero me atrae más que ser el bueno. Será por herencia genética... o algo que he comido y me ha sentado mal; o vaya usted a saber... Pero después de lo de 007, y del resto de casos aquí contados, no sé qué he de hacer para conseguirlo pues el nivel está muy alto, ya que la mayor parte de veces los buenos realizan actos que los hacen imposible distinguir de los malos.

LO QUE ES BUENO PARA TI ES MALO PARA MÍ, Y VICEVERSA

Andaba yo meditabundo desde hacía unos días por razones que me eran desconocidas. Estaba triste, inquieto y malhumorado. Pero es evidente —lo digo por si algún avisado así lo piensa—, que no tenía el “periodo”, puesto que todos sabemos que eso no es característico de los varones. ¡Hasta ahí sé, y no me hace falta Zoilo para confirmarlo! Pero lo cierto es que estaba tan perturbado que incluso perdí el interés por las noticias deportivas. Me daba igual por cuánto había perdido mi equipo en su último partido, lo que era un obvio indicio de la gravedad de mi estado anímico.

Pero de todo se duda en esta vida pues, no obstante lo dicho anteriormente, permítame comunicarle un pensamiento que hace tiempo me crea incertidumbres. Yo sospecho —aunque a usted quizás le sorprenda—, que los hombres también tenemos una especie de “periodo” cuyas manifestaciones externas tienen cierta semejanza con el de la mujer. Hombre, no en todo por razones que nacen de nuestras diferencias físicas, pero sí en algunas manifestaciones psicológicas como es una cierta depresión que dura uno o dos días, y te lleva a mirar con repugnancia, y contestar con gruñidos, a quien en semejantes circunstancias se le ocurre dirigirse a ti sonriendo con cara de beatífica felicidad “*¿Has visto que día tan hermoso hace hoy y cómo cantan los pajarillos?*”

“*¿Día hermoso, imbécil?*” —Te dan ganas de contestarle— “*¡Es un día de asco, y no son pajarillos, son pajarracos que no paran de chillar! ¡Mejor estarían fritos en una sartén!*”

En cambio, en tu estado psicológico habitual responderías con una alegre sonrisa ratificando esas mismas palabras sobre los pájaros cantarines.

¿Por qué sucede esto? La única explicación plausible es que también nosotros los hombres tenemos “periodo”. Distinto al de las mujeres, pero periodo al fin y al cabo.

En resumen, la cosa es que yo me encontraba inmerso en uno de *esos días*, y el pesimismo se apoderó de mi espíritu.

Lo veía todo de color oscuro y me parecía que no ocurría nada positivo en la vida. Que no existe cosa buena que no conlleve otra negativa, y viceversa. Así que, como una cascada, comenzaron a precipitarse por mi mente multitud de pensamientos que avalan la desesperanza nacida de esta mini depresión.

Los comparto con usted y de camino así me desahogo. Me refiero a los pensamientos, no a la depresión porque a lo mejor usted no está en uno de esos días.

¿Ha podido observar —por ejemplo—, como una epidemia de salud es buena para usted, pero mala para farmacéuticos, médicos y enterradores?

¿O que la sequía es mala para usted, pero buena para poceros, zahoríes y fabricantes de motores de extracción de agua?

¿Ha tenido ocasión de observar como juega tu equipo un martes y trece, y si pierde lo achacas a ese nefasto día? Pero en cambio esa misma fecha, para ti infame, es de felicidad para el rival que ganó. ¿Qué pasa, que para tus rivales no existe la maldición del martes y trece?

¿Que la risa es buena para usted, pero mala para la persona de la que se ríe?

¿Que la ignorancia es mala para usted, pero buena para maestros, religiosos y políticos?

¿Que practicar sexo es bueno para usted, pero frustrante para los millones de espermatozoides que no alcanzan su objetivo fecundador?

¿Que una buena comida es buena para usted, pero mala para pollos, vacas y cerdos?

¿Que un terremoto es malo para usted, pero bueno para constructores, ingenieros, arquitectos y ONGs?

¿Que un divorcio es malo para usted, pero bueno para los abogados?

¿Que la guerra es mala para casi todos, pero buena para los fabricantes de armas, de banderas y para los medios de comunicación?

En fin, qué le voy a contar. Seguro que si usted se encuentra en uno de *esos días* entiende perfectamente mi pesimismo.

Es indudable que la persona más inteligente que conozco es Zoilo, y una vez me dijo que la vida no es más que un laberinto de emociones a través de cuyo intrincado camino intentamos hallar nuestro destino. Esto, que sin duda debe ser muy profundo —tanto que no tengo muy claro lo que quiere decir, aunque presiento que está relacionado con lo del periodo—, no sé por qué, me sirvió de inspiración.

Le pongo en situación. Hace unos días invité a cenar a Zoilo en mi apartamento. Como siempre fue una agradable experiencia.

Pero antes de seguir contándola permítame confesarle algo: a pesar de que siempre me es grata, no por eso dejo de ponerme nervioso cada vez que me hace una visita. A Zoilo lo conozco desde siempre, pero también desde siempre reconozco que tiene desarrollada una capacidad para entender las cosas de la vida a las que a mí me cuesta trabajo llegar. Siendo justos, la mayor parte de las veces ni siquiera consigo arrancar a comprenderlas. Por

tanto, y evidentemente, mucho menos llegar. Pero éste no era el caso, como después podrá usted comprobar.

Es cierto que él es un intelectual, pues lee libros y no sólo titulares de los periódicos —sobre todo deportivos— como me pasa a mí. Pero aun así yo lo aprecio, y lo que es más incomprensible él a mí también; y además aprendo mucho con sus conversaciones, aunque por desgracia después olvido la mayor parte. Pero bueno, siempre queda algo.

Pero volvamos al asunto pues me estoy perdiendo un poco, y de camino le puedo desorientar a usted. Al día siguiente de esa cena se presentó una jornada luminosa con una temperatura perfecta, sin frío ni calor, lo cual despertó mi mente y comenzaron a nacer en ella discrepancias sobre las conclusiones que se establecieron tras dicha cena, en nuestra habitual charla nocturna cuando disfrutábamos de unas buenas copas.

Esas brillantes circunstancias meteorológicas me animaron a pasear por el parque de mi ciudad, como otras muchas veces, y probablemente por éstas fue que en mi ánimo se alzó un espíritu alegre y rebelde, lo que desenredó el laberinto de mis emociones si es que alguna vez lo he tenido. Me refiero al laberinto, porque emociones tengo muchas —y más en estos días especiales— aunque creo que nunca nublan mi capacidad de análisis. Al menos eso afirma Zoilo, pero siempre continúa diciendo que no nublan u oscurecen mi capacidad de análisis porque no puede oscurecerse un lugar donde nunca ha existido luz. En fin, las cosas de Zoilo. Vete a saber lo que quiere decir con esto.

Sea como fuere, volviendo a lo que les contaba, el día era espléndido y esa circunstancia se había convertido en motor de inspirados pensamientos positivos que fueron creciendo en mi mente, desterrando el pesimismo anterior. Dichos pensamientos entraban en profunda contradicción con las tesis que Zoilo había defendido tras aquella cena en mi apartamento. Él sostenía que el ser humano no progresa, que sólo tiene cambios superficiales pero que siempre es el mismo.

Aunque durante la velada yo había terminado aceptando su teoría, al llegar un día tan radiante y desaparecer mi mini depresión, los engranajes de mi cerebro entraron en eficaz funcionamiento hasta construir una respuesta nueva y discrepante con la opinión de mi amigo.

Sé que la inspiración inicial, que me lleva a disentir de las afirmaciones de Zoilo, nació tras contemplar en el parque un portal de Belén, pues estamos cerca de la navidad y estos abundan por toda la ciudad.

Antes de continuar aclaro lo siguiente ¿Usted sabe qué es un portal de Belén? ¿No lo sabe? Pues yo se lo explico: son figuras de cerámica o barro

representando el nacimiento del niño Jesús en el pesebre, el cual se encuentra situado en una cuadra. Está acompañado de la Virgen María, San José y un par de animales que me parecieron una vaca y un burro, aunque de esto no estoy seguro porque la zoología no es mi fuerte.

En fin, durante el matutino paseo, de pronto, con el optimismo recién recuperado tras un par de días complicados, se me iluminó la mente con descubrimientos trascendentales que me llevaron a exclamar: *¡Hay que ver como progresamos los seres humanos! ¡Aunque parezca increíble, en este caso Zoilo está equivocado en sus conclusiones de ayer noche!*

¿Y qué me condujo a esta convicción? Precisamente el niño Jesús y el portal de Belén.

Vea mi impecable razonamiento. Jesús es el fundador y líder de nuestra religión. Nació dentro de una cuadra en un pesebre que, por cierto, no es más que un comedero para el ganado, cosa que aprendí tras buscarlo en Google porque tenía mis dudas. Pero una vez aclarado esto del pesebre pude deducir lo siguiente: que mientras el fundador de nuestra religión, Jesús, nació en una humilde cuadra, sus herederos, es decir, papas, cardenales y obispos, viven en grandes palacios y majestuosas catedrales, se desplazan en limusinas y tienen una guardia suiza para que no les molesten los curiosos; e incluso poseen un banco propio. No podrá negarme que esto significa un gran progreso, y que Zoilo se equivoca por esta vez. ¡Pasar del pesebre a las catedrales...! ¿Qué más demostración necesitamos para afirmar que el hombre progresa?

Es indudable que me encontraba en fase de iluminación mental, así que seguí paseando por el parque.

Tras la profunda reflexión anterior, que casi me llevó al agotamiento intelectual, de pronto me di cuenta de que la imaginación me conducía inexorablemente a otra prueba irrefutable del progreso humano. La comparto con usted.

Hace siglos los hombres, para ejercer el noble oficio de guerrear, utilizaban espadas, lanzas y flechas. Tenían que correr montaña abajo y arriba para destripase los unos a los otros. Eso los llevaba a sudar como posesos hasta el agotamiento, y tanto esfuerzo para apenas asesinar a un enemigo; o si el día se les daba muy bien, a tres o cuatro como máximo; jornada que, en este supuesto, solía ser calificada como de buen provecho a pesar de lo exiguo de los resultados. Seguro que comparte conmigo que este sistema de matarnos era inhumano.

Pero, por suerte, esto ya no es así. Hoy es otra cosa.

En los tiempos actuales un solo individuo sentado en un cómodo y ergonómico sillón, en una habitación con aire acondicionado y luces

intimistas, sólo necesita pulsar un botón —normalmente rojo, no me pregunte por qué— para matar a millones de personas. Todo ello sin derramar una gota de sudor. Elegantemente. Sin esfuerzo ni riesgo de lesiones. Incluso puede hacerlo con displicencia, a la vez que habla por el celular con su mujer planificando las próximas vacaciones navideñas. *“Espera un instante cariño, que voy apretar el botón rojo y ahora decidimos si vamos a casa de tus padres o los míos a celebrar estas fiestas”*, le dirá a su esposa con el fin de decidir civilizadamente cómo disfrutar los días vacacionales.

Esto —seguro que también lo comparte conmigo—, es la demostración definitiva e irrefutable de que el progreso humano existe. Ahora nos asesinamos los unos a los otros con mayor comodidad y elegancia que nunca.

Pero todavía le presento otro ejemplo que refuerza aún más lo acertado de mi tesis. Me estoy refiriendo al mundo de la información. Véalo.

En los tiempos antiguos la información que la gente recibía se nutría de los cotilleos y rumores que, con mayor o menor veracidad, eran llevados por los trovadores y vendedores de pueblo en pueblo por polvorientos caminos. La gente fundaba sus pensamientos con esta escasa y dudosa información, y a través de ella creaba sus verdades firmemente convencidas de su certidumbre. Así se enteraban —o creían hacerlo— del último designio real, de la espectacular boda de una noble dama, del nuevo amante de la condesa, o de la traición de un noble.

Tendría que pasar mucho tiempo, prácticamente hasta la época actual, para que esto cambiara significativamente. Ahora, en la que podríamos denominar —si Zoilo no me corrige— “era de la información”, recibimos miles de datos por minuto. A saber: de Facebook, de Twitter, de Google, de Instagram, de televisiones y radios, de prensa y revistas... En fin, de un montón de sitios. Y aquí vuelvo a demostrarle lo innegable del progreso humano. Hoy ya no transigimos con alimentar nuestros conocimientos con unos pocos rumores y cotilleos. ¡No, ni mucho menos! No nos conformamos con tan escasa información. Ahora estructuramos nuestras verdades y conocimientos —a diferencia de nuestros desgraciados antepasados— con montones de rumores y montañas de cotilleos que nos suministran a cada instante los medios antes nombrados.

¿No me diga que eso no es progreso? ¿Por qué conformarse con unos pocos cotilleos cuando los puedes tener en grandes dosis? ¿No es uno más feliz así? ¿Cómo va a ser lo mismo que le mientan a usted en cantidades ridículas —como sucedía en la antigüedad—, a que lo hagan en grandes cantidades, como sucede ahora? Seguro que llega, como yo, a la conclusión de que Zoilo se equivoca y que el progreso del ser humano es indubitable, siendo los tres casos aquí expuestos la demostración definitiva de ello.

Estas conclusiones, en la espléndida jornada de paseo y reflexiones por el parque, me llenan de optimismo y autoconfianza sobre mi capacidad de análisis. Pero para que usted tenga toda la información completa y pueda juzgar por sí mismo, le contaré lo que en la noche de la cena con Zoilo hablamos y lo que éste opinaba al respecto.

Aquella noche habíamos terminado de degustar una rica cena cuando encendimos unos habanos y nos pusimos un buen brandy. Recuerdo con precisión las primeras palabras de Zoilo que dieron inicio a la velada. Éstas fueron de muy alto nivel. Juzgue usted.

—El pensamiento humano no ha mejorado en los últimos siglos —precisó Zoilo—. De hecho, múltiples veces, y por grandes personajes, se defienden verdades opuestas con igual convicción. Por ejemplo, Maquiavelo dijo: “El hombre es malo por naturaleza, a menos que le obliguen a ser bueno”. Pero en cambio otro famoso pensador como Rousseau afirmó con idéntica convicción, “El hombre es bueno por naturaleza, es la sociedad quien lo corrompe”.

La discusión comenzó ahí. Yo era partidario de la segunda teoría, pero Zoilo defendía la de Maquiavelo. Para demostrarla comenzó a hablar del comportamiento de los políticos pasados y presentes, y como el poder, en todas las épocas, lleva a la corrupción sin mejora alguna con el paso del tiempo.

Vi el cielo abierto, porque fue aquí donde nacieron mis posibilidades para defender mi posición. Precisamente, en los últimos días, la policía había detenido a unos políticos por no sé qué líos de dinero. Al parecer era la noticia actual preferida de todos los medios de comunicación y de las tertulias. Eso me hizo pensar ¡ésta es la mía! y decidí aprovechar la cuestión en favor de mis argumentos. Aunque al final probablemente me equivoqué, cuando impulsado por el deseo de intentar causar mejor impresión en Zoilo de la habitual, quise decir una frase brillante que viniese bien para la ocasión.

— Estas detenciones y encausamientos —dije— son un gran triunfo de nuestra democracia y una demostración de cómo nuestra sociedad progresa, y el hombre con ella.

Si bien en principio pensé que no había estado nada mal, instantes más tarde me di cuenta de mi error al responderme Zoilo.

— ¿Tú crees?

Mi amplia experiencia me indica que cuando Zoilo dice “¿tú crees?”, significa que has metido la pata hasta la ingle. Así que, inicialmente, sólo contesté con un ligero gruñido neutro y defensivo que, en realidad, podía significar cualquier cosa. Después continué:

— En fin, creo que son buenas noticias ya que quiere decir que nuestro país, desde el punto de vista democrático, funciona bien puesto que votamos y además llevamos a los tribunales a los políticos corruptos. ¿Qué más podemos pedir? Eso no sucedía antiguamente...—dije a modo de humilde razonamiento, intentando que fuese definitivo pero con un punto de precaución por lo que pudiera pasar.

— En la antigua Unión Soviética igualmente se votaba y encausaban a políticos relevantes —precisó Zoilo.

— ¿Ah, sí...?

— Y con Franco, Pinochet y Videla.

— ¿También...?

— Y con Hitler y Mao...

— ¡Ah...!

He de confesar que se me habían agotado las expresiones monosilábicas ante tanta nueva información que cambiaba en profundidad la naturaleza de mis conocimientos de la historia. Así que, con esta última expresión, intenté evitar que se notara demasiado mi ignorancia de la realidad. No sé si con mucho éxito. Pero por suerte él continuó.

—Mira, lo que define y distingue a la democracia y al progreso es el cumplimiento de la ley, esa es la máxima garantía de la libertad. Desafiar a las leyes, o crearlas al interés exclusivo de los políticos como hacen éstos frecuentemente, es el camino más corto hacia la tiranía, que es lo opuesto al progreso humano.

Me dejó anonadado con sus palabras y, tras ellas, se hizo un silencio profundo. Así que aproveché para dar una honda calada al puro, con tan mala fortuna que al expulsar el humo éste entró en mis ojos obligándome a entornarlos para evitar que lagrimearan irritados.

A la postre estuvo bien, pues dicho gesto — me refiero al de los ojos entornados y lagrimeantes— parecía corresponder a que reflexionaba con concentración sobre el motivo de la conversación; lo que elevó, creo yo, mi imagen de intelectual.

— ¿Lo dices por estos políticos a los que están juzgando los jueces? — aventuré, mientras sacaba un pañuelo para pasarlo elegantemente por mis irritados ojos.

— Sí. Por éstos, y por todos aquéllos que con impunidad siguen por ahí malversando dinero de nuestros impuestos o mal gobernando los países, al tiempo que se enriquecen, y a los demás nos empobrecen.

Hizo una ligera pausa en el sermón para después continuar.

— Todos estos políticos están encantados con un marco jurídico que les beneficia y protege. Por ejemplo ¿sabías que España es el país del mundo que más políticos aforados tiene? ¿Sabías que en Argentina, Perú, Chile o Venezuela los parlamentarios no pueden ser juzgados por los tribunales ordinarios? ¿Sabías que en México se les consideran inviolables?

— ¡No me digas...! —exclamé ante estas noticias, aunque en realidad he de confesar que no tenía ni idea de qué estaba hablando. Por ello, aún a riesgo de parecer un tanto obtuso, me aventuré a preguntar:

— ¿Y por aforados o inviolables debemos entender...?

— Personas protegidas con leyes especiales, con el fin de evitar que se les pueda aplicar el código civil o el penal como al resto de ciudadanos. Eso lo han aprobado para sí mismos los políticos de muchos países, convirtiendo en un chiste lo del progreso y la igualdad ante la ley de la que hablan casi todas las constituciones.

— Pues la verdad, no conocía este detalle...

— Mira, otro requisito para que la democracia y el progreso exista es la división de poderes que los equilibre y evite los abusos, como por ejemplo éste de los aforados. Como antes te dije en casi todos los países se vota, pero es el cumplimiento de unas leyes justas e iguales para todos, así como la división de poderes, lo que distingue a una democracia de una dictadura.

— ¿Entonces, en estos países que has nombrado...cómo es el tema a este respecto? — pregunté prudentemente mientras paladeaba un buen trago de brandy, ya recuperado del picor en los ojos que me había producido el humo del habano.

— En ellos las pocas personas que mandan y controlan los partidos políticos son los mismos que designan a los que van a los parlamentos a crear leyes; por tanto aquéllos mandan sobre éstos pues le deben el puesto. E igual sucede con la justicia porque también eligen, y con ello controlan, a los jueces importantes.

No quería parecer tan desconocedor de la realidad como de costumbre, así que, disimuladamente, intenté estrujar mi cerebro para incluir alguna frase oportuna en la conversación mientras volvía a aspirar el humo del habano con los ojos entornados. Pasaron unos minutos y no lo conseguía.

Como no podía alargar el silencio por más tiempo, y además me dio la impresión de que se escuchaban chirriando los engranajes de la maquinaria de mi cerebro en su esfuerzo por construir alguna frase que viniese al caso, tuve que disparar lo primero que se me ocurrió.

—¿Entonces... qué somos la mayor parte de naciones hispanas?

—Sencillamente partidocracias —respondió Zoilo—. Es decir, dictaduras de los partidos políticos, en vez de unipersonales como eran las de Pinochet, Videla o Franco.

Recuerdo que me quedé un tanto frustrado con tal batería de argumentos, pero haciendo alarde de mi energía habitual me negué a rendirme.

—Aun aceptando que los políticos no sean un buen ejemplo de ello —repliqué—, tendrás que convenir conmigo que la sociedad humana progresa, pues inventos trascendentales como la electricidad que nos calienta e ilumina, los aviones que nos llevan a grandes distancias, o los Donuts que nos ofrecen dulces con un agujero en el centro, impulsan hacia delante la antorcha de nuestra civilización.

—Esos inventos no traen más que pequeñas trasformaciones en nuestras costumbres, pero la esencia del hombre no ha cambiado ni mejorado.

Bueno, aproximadamente eso es lo que debatimos esa noche. Usted juzgará. Pero ahora, según caminaba de regreso a casa tras el paseo mañanero por el parque, una cierta indignación iba poco a poco subiéndome de tono y comenzó a dañar mi espíritu. Zoilo no tenía razón. Vale que en lo de los políticos sí, y a lo mejor hasta en lo de los Donut. ¡Pero mis nuevas reflexiones mañaneras desmontaban todos sus argumentos!

Según me acercaba a mi apartamento la indignación iba subiendo aún más de nivel, tanto que cuando entré en el portal a Manolo —el conserje del edificio—, apenas le dirigí un gruñido de salutación, cuando lo normal era pararme con él unos minutos a charlar de futbol o del tiempo siempre que regresaba de un paseo. Me miró con cara extraña.

Para cuando abrí la puerta de mi apartamento la mencionada indignación había llegado a su punto álgido.

¡Pero lo curioso es que toda esa indignación era conmigo mismo, lo cual la volvía aún más irritante! ¿Y sabe usted por qué? ¿No? Pues se lo voy a decir: Porque me reprochaba no haber sido capaz ayer durante la cena de pensar y exponer los lúcidos razonamientos a favor de mi tesis sobre el progreso del hombre que ahora, en el parque, se me habían ocurrido. Me refiero, por si usted los había olvidado, a lo de los herederos de Jesús que han pasado del portal de Belén a los palacios; a la brillante evolución en la forma de matarnos los unos a los otros, y a lo de las dosis de información o cotilleo que hoy recibimos.

En fin, es una lástima. De ahí mi indignación, y no por estar *en esos días* como alguno podría sugerir. Sino porque por una vez habría podido derrotar a

Zoilo con sus propias armas: la inteligencia de la razón ... ¿O es la razón de la inteligencia?

Bueno, con una de las dos.

¡SI ME DEJAS, DÉJAME SATISFECHA...!

Aún me martillea el cerebro el comentario que mi última novia me hizo cuando, como producto de un cierto enfriamiento de nuestras relaciones, me despedí en la puerta de su apartamento como de costumbre, pero sin darle el habitual beso.

No cabe duda que la mujer tiene un sexto sentido para estas cosas del corazón pues, efectivamente, yo en ese período estaba considerando la idea de no volver. No sé cómo ella lo intuyó, pero el caso es que lo intuyó. Y entonces me soltó allí en el umbral, de golpe, y mirándome con unos ojos que no sabría interpretar: “¡Si me dejas, déjame satisfecha...!”

No supe qué contestar pues en aquel momento no entendí a qué se refería, ya que mi único afán era salir de allí con la mayor dignidad y rapidez posible.

No nos hemos vuelto a ver desde entonces, pero esa frase se repite en mi cabeza con mayor frecuencia de la que desearía. La verdad es que no consigo olvidarla —me refiero a la frase—, pero tampoco encontrarle una explicación satisfactoria. Así que comprendí que debería acudir a Zoilo —la cumbre del conocimiento humano— para que la interpretara correctamente, pues no sé de nadie que sepa más sobre todas las cosas. Eso sí, a excepción del fútbol; yo sé mucho más de esto ya que a él no le interesa lo más mínimo. De hecho, afirma que el fútbol y los medios de comunicación que lo tratan en artículos y tertulias no son más que la prensa rosa del hombre.

En fin, las cosas de Zoilo que además, por alguna razón que se me escapa, también tiene la cualidad —igual que mi “ex”— de improvisar frases definitivas y brillantes que, en pocas palabras, sintetizan las reflexiones más complejas logrando con ello hundirte en la miseria, pues no sabes cómo contestar.

Me parece que esa característica la tenían todos los grandes hombres de la historia. Como por ejemplo aquel científico antiguo —me parece que consiguió inventar algo importante al ver como una manzana caía de un árbol, o creó el reloj, no lo tengo muy claro—, y que dijo aquello de “lo único que sé es que no sé nada”. Creo que su nombre era Aristóteles, u Onassis; bueno, algo así; pero de lo que estoy seguro es de que era griego y tenía barcos.

En definitiva, esto de la capacidad de síntesis es una cualidad que poseen los grandes personajes para fabricar frases lapidarias con el objeto de dejarte pensando un buen rato preguntándote qué habrán querido decir, pero que, fuese lo que fuera, está muy bien dicho.

Hablando de este asunto ahora me viene a la memoria una frase de Zoilo,

de esas que suelta con cierta frecuencia, y que deja sin recursos a todo aquel que comete la imprudencia de polemizar con él. En este caso al que me estoy refiriendo recuerdo la frase lacónica que soltó mi amigo, pero no cuál fue la discusión que la provocó.

Sé que estábamos reunidos una serie de conocidos, invitados en su amplia vivienda, y que llevábamos rato debatiendo de no sé qué. También recuerdo que era una noche calurosa de verano, y que uno de aquellos tipos pertenecía a ese espécimen —en vías de extinción, gracias a Dios— que presumen de velar por tradiciones y valores sociales desde la izquierda política. Un progre de esos que quiere que sus hijos le llamen por su nombre de pila, que viste ropa informal de marcas caras, y que considera genio a todo escritor, director de cine o cantante que coincida con sus decadentes convicciones. En fin, un coñazo de tío, usted me disculpará la expresión...

¡Perdón, ahora recuerdo sobre qué se discutía en esa reunión! Era, precisamente, sobre la necesidad de mantener las tradiciones y las costumbres.

El progre, con su lenguaje pseudomemopsicológico —palabra que aprendí de Zoilo—, defendía que las tradiciones y costumbres deberían estar protegidas por los gobiernos, subvencionando las actividades de las personas que, como él, tenían por objetivo conservarlas. Alguien le respondió que los impuestos que pagábamos deberían tener destinos de mayor utilidad. El otro insistió en la importancia de las tradiciones y de su trabajo, sobre el cual nos calentó la cabeza.

Se acaloró la cosa entre varios contertulios cuando Zoilo intervino, habiendo permanecido hasta ese momento bastante al margen de la discusión pues parecía no interesarle demasiado. “Las tradiciones y costumbres no son más que errores que se van heredando de una generación a otra —dijo mi amigo—. Y toda tradición, costumbre o ley que atente contra la naturaleza humana debiera ser suprimida —soltó de golpe, para después continuar—. Te voy exponer tradiciones muy curiosas que espero no estés intentando perpetuar con el dinero de nuestros impuestos. Por ejemplo, la ablación, tan frecuente en África; o el celibato en la iglesia católica, que sólo potencia y conduce a los abusos de niños por parte de muchos sacerdotes. También es en nombre de la tradición y la cultura por lo que se mantiene a la mujer musulmana en la ignorancia; y, con igual disculpa, las castas en la sociedad india. La cultura y las tradiciones, la mayor parte de veces, es mejor cambiarlas por ideas nuevas y mejores —precisó, para después continuar con una cierta sonrisa pícara—. Por cierto, también debería ser abolida la tradición por la que los gobiernos dan subvenciones inútiles a sus amiguetes con el dinero de nuestros impuestos, pues van destinadas a cosas que a nadie importan salvo a los que coméis de ellas, con la disculpa de realizar eruditos estudios para la conservación de trasnochadas culturas y tradiciones que, si

realmente a la gente interesara perpetuar, no habría que socorrerlas artificialmente”.

El progre snob se vio atacado en el corazón de su argumentación y de su cartera, y por un momento se produjo un silencio incomodo en la reunión. Pero cometió la estupidez de responder con aire condescendiente: “A todo el que tiene tanto dinero hay que darle la razón”; haciendo referencia indirecta a la desahogada situación económica de Zoilo.

Tras soltarlo, echó un vistazo alrededor buscando apoyos que no encontró. Entonces Zoilo, mirándolo de forma tranquila, le dijo sosegadamente: “No tengo razón por ser rico. Soy rico porque tengo razón”

Lo dejó planchado, y el progre pseudomemo, recibidor de subvenciones de dinero público, se sintió ridículo. Poco después abandonó la reunión con una excusa poco creíble.

¡Como envidio esa capacidad para decir la frase exacta en el momento preciso! “*No tengo razón por ser rico. Soy rico porque tengo razón*” ¡Joder que bien dicho! ¿Por qué no se me ocurrirán a mí frases así que aturden a cualquier oponente? Lo que menos me importa es que apenas las entiendo; lo que me importa es que con esa capacidad para crearlas ganas cualquier batalla dialéctica. En fin, que le vamos a hacer, cada cual tiene lo que la naturaleza le ha dado.

Pero volvamos a lo importante que me estoy liando. Lamento si ha perdido un poco el hilo de lo que intento contar, pero inmediatamente lo retomo. Al principio me estaba preguntando —por si no lo recuerda—, qué quiso decir mi “ex”, con eso de “*¡Si me dejas, déjame satisfecha...!*”

¿Ponía en duda mi virilidad? ¿Mi caballerosidad? ¿Me estaba pidiendo dinero? ¿Estaba satisfecha porque me largaba?

Tras días de reflexión no pude llegar a ninguna conclusión definitiva, y como el asunto me seguía quemando por dentro hube de recurrir a la fuente del Conocimiento: Zoilo.

Lo llamé al celular. Me contestó. Nos saludamos, y entré rápidamente en materia.

Le puse en antecedentes sobre la chica con la que llevaba un tiempo saliendo; mis idas y venidas a su apartamento; el agotamiento de la fantasía tras unos inicios brillantes; y, finalmente, el adiós que ella intuyó.

Zoilo, que me había escuchado con paciencia, me interrumpió para preguntarme:

—¿Por qué sabes que adivinó tu despedida?

— Por lo que me dijo en la puerta.

—¿Qué te dijo?

— “¡Si me dejas, déjame satisfecha...!”

—¿Cómo?

Hube de repetirle la frase, y se hizo un profundo silencio. De pronto me pareció oír una risa contenida al otro lado del inalámbrico. Agudicé mi oído pues no podía creer que Zoilo se estuviese riendo de mí en tan grave ocasión.

—Oye —le dije con cierto enfado —¿No te estarás riendo?

Fue preguntarle esto y ya no pudo contenerse. Soltó una franca carcajada que me dejó totalmente desconcertado y molesto.

Intenté recomponerme y aislarme mentalmente de mi amigo. No sabía que decirle.

Quise concentrarme en el problema y olvidar un rato a mi contertulio. Entonces, por mi cabeza comenzaron a pasar a toda velocidad posibles interpretaciones de la frase en cuestión, mientras de fondo seguía oyendo la risa de Zoilo.

¿Habría sido una forma de decirme que hasta ahora no la había satisfecho en la cama? ¿O, por el contrario, se trataba de que antes de irme le dejara un buen recuerdo en dicha cama? Aunque, ahora que lo pienso, también podría querer decir que esperaba algún regalo de despedida que le permitiera recordarme con agrado; o, al menos, simplemente recordarme.

Pero de pronto me asaltó otra interrogante más preocupante: ¿No me estaría pidiendo una pensión económica como pago a lo vivido? ¿Terminaría todo en los despachos de unos abogados?

Me di cuenta de que las posibilidades eran infinitas, y parecía que Zoilo había dejado de reír. Así que, dada la necesidad y haciendo oído sordo a mí dignidad herida por su inapropiada risa, insistí en averiguar que pensaba al respecto.

—¿Qué crees que me quiso decir?

—Antes una pregunta —me respondió— ¿Cómo es la chica?

—¿Qué dices?

—Sí, ¿que si es atractiva...?

—¡Y eso qué importa ahora! —contesté, notando como me subía de nuevo el enfado por el esófago.

—Tranquilízate —me dijo— Sólo dime ¿Está bien la chica?

Por unos segundos dudé entre responderle o mandarle al infierno por sus risas a mi costa. Pero la verdad es que necesitaba desesperadamente que pusiese a mi servicio sus neuronas para descifrar la frase cuyas posibles interpretaciones cada vez me alarmaban más. Así que me contuve, respiré despacio y le respondí:

—Es una preciosidad...

—Fantástico —le escuché decir— Pues lo tiene todo: belleza e inteligencia.

—¿Inteligencia? —pregunté en pleno desconcierto

—Claro —me respondió— Queda perfectamente demostrada con esa frase de despedida. Por cierto, ¿te importaría darme su número de teléfono?

Mi boca quedó abierta, colgando el maxilar inferior. Despegué el celular de mi oído y miré la pantalla no creyendo que fuese Zoilo quien me hablaba. El cerebro se me bloqueó en el desesperado intento de responderle con una frase lapidaria. Una de las suyas. Una de las que dicen esos grandes hombres. Una que expresara mi malestar por sus risas a mi costa, y encima por pretender aprovechar estas amargas circunstancias para intentar salir con mi “ex”. En definitiva, alguna frase corta y rotunda que me permitiera humillarlo dialécticamente de igual forma que yo me había sentido con sus risas.

No la encontré, y sólo se me ocurrió desconectar el celular.

UN GRAN VIAJE PARA LAS VACACIONES

Aquel día me desperté con un delicioso dilema en la mente: ¿dónde ir estas vacaciones? ¿Qué hacer con ellas?

Supongo que esta inquietud surgiría como producto del claro y caliente sol que se filtraba por la semicerrada ventana de mi dormitorio a horas tempranas —sobre las diez y media—, anunciando la proximidad del estío con el que llegan el calor, las moscas, los domingueros y las vacaciones.

He de confesar que esta es una ocupación que me gusta —pensar en las vacaciones, no en las moscas obviamente—, porque permite echar la fantasía al vuelo e imaginarte en cualquier punto del planeta viviendo una aventura maravillosa.

Así que esa mañana, tras terminar mi desayuno donde me había estado culturizando con los titulares del periódico deportivo, entendí que había llegado el momento de reflexionar sobre tan fundamental asunto.

Inicialmente debía solventar un tema: ¿ir solo de vacaciones o con otra persona? “Esta es la cuestión”, como diría Cervantes en su mundialmente conocida novela Romeo y Julieta.

La duda me llevó un momento el resolverla. Mejor solo, pues ya durante el año saturo mi capacidad de comunicación con la gente. Ir solo me produce una gratificante sensación de libertad absoluta. Así que decidido.

Lo siguiente que pensé, supongo que en emulación de lo que hace en el verano la mayor parte de las personas decentes, fue en la posibilidad de ir a una playa. Pero eso sí, debería ser una tranquila para poderme tirar en ella sin sobresaltos ni disputas por conquistar un espacio vital en la arena, y que me permitiera disfrutar de una piña colada mientras leía. Mientras leía el periódico deportivo, claro está; porque los otros, aquéllos que se consideran a sí mismos más serios, me dan dolor de cabeza.

Pronto comencé a sonreír para mí mismo imaginándome tirado en esa arena, con la copa en una mano, y el periódico en la otra. ¡Seguro que pasaría horas felices de esta guisa!

De repente, según fue intensificándose la imagen en mi imaginación, me di cuenta de que tras diez minutos ya habría terminado de leer todo lo que tenía que leer, pues los titulares deportivos no suelen ser muy extensos.

“Bueno eso no importa” —me dije—, “pues cierro los ojos y me caliento al sol como una tostada.”

No está mal pensado, pero ahora que lo reflexiono con un poco de detenimiento, me pregunto ¿y en verano dónde encuentro yo una playa tranquila que no esté invadida por niños chillando a sus madres, y madres chillando a los niños? ¿O adultos, en mínimos bañadores, jugando al balón con la suficiente precisión como para ir golpeando con el mismo al resto de bañistas?

Pero lo que me llevó a rechazar definitivamente esta opción es otra cuestión clave: ¿Y qué hago allí tirado, tragando arena tumbado encima de una toalla, una vez que ya no tenga nada que leer? ¿En qué distraería mi mente? ¿Cómo de largas se me pasarían esas horas sobrantes?

La única respuesta razonable es: mejor dejar la playa.

Mi pensamiento fue tomando nuevos derroteros. Zoilo siempre me anima a ampliar mi mente conociendo cosas nuevas y, si es posible, que contengan algún elemento que de camino alimente mi espíritu. Es decir, eso que se llama cultura.

He de confesar que esta palabra me produce cierta sensación de escalofrío, pues la asocio a largos y pedantes tiempos de solemne aburrimiento. Por cierto, les ruego que sean tan amables y si un día se encuentran a Zoilo por casualidad en la calle, no le digan que expresé este pensamiento espontáneo e íntimo mío, pues si se entera seguro me coloca un discurso de tres horas para convencerme de la utilidad de la cultura.

En cualquier caso, analizo las posibilidades de esta opción. Me pregunto ¿será adecuado para pasar unas vacaciones un viaje cultural?

Veamos las alternativas. Para empezar todas ellas significan volar en avión, y, por tanto, inevitables esperas en los aeropuertos, entre multitudes ruidosas y cargadas de maletas.

Pero, en fin, supongamos que me decido a pesar de este inconveniente. Todo sea por culturizarse. La siguiente pregunta sería ¿adonde?

Por ejemplo, a Egipto. Lo reflexiono un instante, y tras ello encuentro un problema en esta opción. El problema consiste en que ir a ver las pirámides no me seduce —para eso no tomo un avión—, pues éstas no son más que inútiles y enormes monumentos producto del ego de unos tiranos, que es lo que eran en realidad los faraones por mucho que queramos rodearlos de glamour y de misterio. De hecho me pregunto ¿cómo la humanidad puede ser tan estúpida como para admirar monumentos inútiles contruidos para alimentar el ego de unos déspotas?

Otra alternativa cultural puede ser ir a Grecia, cuna de la cultura occidental. Pero ¿para qué? Pues allí lo único que queda son cuatro

destrozadas y viejas piedras de los templos griegos, cuantioso calor, y muchos griegos compitiendo entre ellos por quien consigue engañar mejor a los turistas.

Creo que no serían vacaciones muy motivantes, a no ser que se hagan con la única intención de presumir ante los amigos y conocidos de lo culto que es uno por haber estado en esos sitios, y para confirmarlo haber tenido la precaución de fotografiarse subido a un mal oliente camello, con las pirámides al fondo, o sosteniendo las dos únicas piedras reales que quedan del Partenón, pues la mayor parte de lo que se ve de este monumento en la actualidad es puro decorado de reciente construcción.

En fin, si no es con el objeto de presumir de cultivado no tiene sentido alguno ir a ninguno de esos dos sitios. Así que eliminé las posibles opciones, pues a mí me trae al fresco que mis conocidos me consideren culto o no, y Zoilo, mi mejor amigo, ya sabe a qué atenerse a estos respectos.

Otra posibilidad cultural es viajar por Europa viendo museos e iglesias. Esto también te hace quedar ante los amiguetes como un tipo muy refinado. Pero, tras pensarlo otro poco, también me produce algunas dudas morales, porque viajar para aparentar admirar enormes catedrales góticas, edificadas por una iglesia que lo único que pretendía con ellas era impresionar e imponer su poder terrenal a un montón de infelices —el pueblo— sumergidos en la superstición e ignorancia más absolutas, además de en la miseria más embrutecedora, no es, precisamente, gratificante para mentes y espíritus con un mínimo de sensibilidad. Así que ni hablar. Tampoco me interesa.

Tras todo este análisis, me parece que la opción cultural queda eliminada.

¿Y una casa rural en la montaña?

Esta sí que me parece una decisión acertada. A mí me encanta la naturaleza, por eso paseo tanto por el parque de mi ciudad. Así que pasar tres o cuatro semanas veraniegas en un lugar montañoso fresquito, creo que encaja con todo lo que se puede pedir de unas vacaciones: tranquilidad, naturaleza, nada de aglomeraciones, aire limpio...En definitiva, esta opción tiene un sinfín de ventajas.

Con mi imaginación calenturienta me pongo ilusionado en situación.

Supongamos que es un lunes cuando comienzo la aventura. Viajaré en carro unas cuantas horas, pues no suelen existir aviones que te lleven a la montaña. Llegaría sobre media tarde. Del automóvil bajo maletas y demás, pues aquí en las casas alquiladas no existen botones para bajarte el equipaje. Lo que suelen existir normalmente son unos abuelitos que te entregan las llaves y te indican donde está el supermercado más próximo, que precisamente no suele estar cerca de la casa. Ésta dista unos pocos kilómetros, no muchos,

de un pueblecito.

Después, muy amablemente, los abuelitos te informan de que allí nadie te va a molestar —cosa que días más tarde se confirmaría—, y tras entregarte unos pequeños dulces de producción casera, como símbolo de bienvenida, y cobrar por anticipado las tres semanas de alquiler, se van.

No sé por qué, y siempre mirando hacia la montaña, lo primero que hacemos todos en semejante situación es respirar profundamente un par de veces con cara de idiota, como si de repente estuvieses descubriendo por primera vez que respirar es una función física. Después te frotas las manos con una media sonrisa de satisfacción en la cara, a pesar de que allí no hay nadie que te vea, mientras expresas en voz alta: “¡Qué ambiente más sano! ¡Esto sí que es vida!”

Tras este obligado protocolo a ejecutar por todo aquel que va a la montaña a veranear, finalmente introduces en el interior de la casa el equipaje —que mientras tanto había permanecido en la puerta de la casa— y lo llevas al interior.

Entonces comienzas a pensar que has de ir adonde los abuelos te indicaron para comprar lo necesario para comer. Pero antes habrás de limpiar los vasos y platos que allí encuentras, por aquello de quien sabe cuál fue el último uso que tuvieron. Es una precaución elemental.

Bueno, no les voy aburrir con los temas habituales que surgen normalmente en una casa alquilada en la montaña, pero terminadas esas faenas, al día siguiente —es decir, el martes— y si no, al otro —es decir, el miércoles.—, siempre que no se retrase la instalación porque aparezca algún tipo de avería en forma de luces que no encienden, nevera que no funciona o agua que no corre por los grifos, en cuyo caso tendrás que esperar a que los abuelitos encuentren al “manitas” del pueblo que todo lo arregla. En fin, si todo sale bien, una vez ejecutado todo esto ya has terminado tu instalación en la casa y entras en la fase de comprar víveres y artículos de aseo.

Conduces hasta el pueblo y compras montones de cosas, aunque la mayor parte, correspondiente a la alimentación, son latas de conservas; pero, eso sí, de las más variadas y extrañas especies. De esas que normalmente en tu casa nunca compras, pero que cuando sales por ahí te da por comprar sin saber por qué.

Más o menos con estos trabajos, y el debido almacenaje posterior de la compra en la casa, echas el día. Con eso llegamos al día siguiente, tras contemplar una armónica puesta de sol en la montaña, con los pajarillos cantando.

Jueves. Como decía, terminadas exitosamente todas las faenas, es cuando

llega el momento de la recompensa. Durante buena parte del día das paseos por aquellos campos, que suben y bajan. Después, con el natural y sano cansancio producto del ejercicio, te pones a preparar una succulenta comida. Por ejemplo, decides cocinar un guiso de patatas con carne. Tras comprobar que tienes todos los ingredientes te pones a ello.

Tiempo más tarde, cuando crees que ya está acabado de guisar te preparas para disfrutar la merecida comida que aplaque tu emergente hambre. Pero cuando pruebas el guiso de carne con patatas llegas pronto a la convicción de que has debido hacer algo mal, porque aquello está asqueroso.

Tras un rato de reflexión —y un cierto cabreo—, empleas el tiempo intentando encontrar un culpable del desaguisado culinario que no seas tú mismo; pero no encontrándolo y, sobre todo, impulsado por la necesidad, decides abrir unas latas de conservas y devorarlas. ¡Qué bien te saben!

Al atardecer, ese jueves, vuelves a disfrutar de la puesta de sol desde el porche sentado en un viejo sillón que hay allí para la ocasión. Y gozas de los pájaros cantando su último trino del día.

Viernes. Das el correspondiente paseo matutino. Tu comida la condimentas a base de conservas. Después, tu buena siesta y más tarde, sentado en el porche de la casa en el viejo sillón, ves la increíble puesta de sol con los pájaros cantando.

Sábado. Exactamente igual.

Domingo. Exactamente igual.

Lunes. Exactamente igual.

Martes. Comienzas a desear que algo se estropee en la casa para tener una excusa e ir al pueblo y charlar con los abuelitos. Pero no sucede. Nada se estropea. Así que otra vez paseas cuesta arriba y abajo, y otra puesta de sol con los pájaros cantando.

Miércoles. ¿Para qué hacer el mismo recorrido campestre si nada ha cambiado? Es el de todos los días y las piedras no se han movido de sitio. Están igual siempre. Así que dejo el paseo. Al atardecer, de nuevo la puesta de sol desde el porche y los pájaros chillando.

Jueves. Me largo. Dejo la llave en la puerta, pues allí no va nadie como ya me habían advertido, y ya avisaré por telegrama a los abuelitos de que algo urgente me llama a la ciudad y me he tenido que ir.

Conclusión: Montaña, opción rechazada.

Tanto fracaso del proyecto vacacional comenzó a conseguir elevar mi nivel depresivo, porque esto de las vacaciones se está complicando a pesar de la

ilusión con que inicié mi andadura mental por ellas.

Pensándolo bien no es tan complicado lo que busco. Deseo un sitio cómodo, con cama limpia, donde existan buenos restaurantes y lugares para tomar una copa. Que no haya aglomeraciones de gente en ninguna parte, ni esperas en los aeropuertos, y existan algunas tiendas donde distraerte.

¡Claro, ya lo tengo! Mi ciudad reúne todos estos requisitos en verano: está tranquila, por tanto no hay atascos ni esperas o colas en los restaurantes o tiendas; ni multitudes en los parques, cama limpia, y no hay pájaros chillones...

¡Fantástico! Ya sé dónde pasaré este año mí merecido descanso vacacional: en mi propio apartamento.

CATALANES: ¡LLORONES!

Andaba yo alegre canturreando una canción en la ducha aquella mañana temprano —sobre las once—, en unos de esos días radiantes en que ante tanta belleza hasta el más ateo se convence de la existencia de Dios, cuando asaltaron mi mente algunas discusiones que había oído la noche anterior en televisión. Tuve la impresión de que las cosas que había escuchado me habían estado dando vueltas por el subconsciente mientras dormía, y probablemente es por eso que al despertar, como el ajo, se me repitieron.

Y ahora aquí estaba yo bajo el agua, enjabonándome y reflexionando, en un alarde de agilidad física y mental, observando con asombro que era capaz de hacer dos cosas al mismo tiempo: ducharme y pensar; cosa que ni en mis momentos de mayor autoconfianza pude sospechar. En fin, cualquier lugar es bueno para descubrir nuevas y positivas características de uno mismo. Incluso la ducha.

Pero vamos a la cuestión. Las mencionadas discusiones televisivas versaban sobre el independentismo catalán, y los tertulianos se acaloraban con el brío del debate. Los separatistas catalanes hablaban de los agravios históricos que al parecer le habíamos producido —y seguíamos produciendo— el resto de españoles, como causa fundamental de sus razones para querer separarse de España. Al parecer continuamente habíamos estado atacando su cultura y robándoles su dinero. Decían que lo hizo Franco persiguiendo al que hablaba catalán, y tras la muerte del autócrata lo ha continuado haciendo Madrid —la capital opresora del imperio— que les ha estado robando los euros y subyugando.

Así continuaron con un largo etcétera de cuestiones que seguramente las plantearían para cerebros más agudos que el mío, pues la mitad de lo que decían no me sonaba a catalán, sino más bien a chino.

Llegó un momento en el que me perdí y comencé a hacerme preguntas: ¿Cómo que Franco perseguía a los que hablaban catalán? Da la casualidad que me gusta Joan Manuel Serrat y tengo discos —antes se llamaban así— con canciones suyas cantándolas en catalán en plena época franquista. “Bueno” —pensé en un raptó de bondadosa comprensión—, “esa sería una pequeña mentirijilla inocente de los políticos independentistas para subrayar con fuerza la idea de la desgracia que significa ser catalán dentro de España”.

Insistieron en lo del idioma. “Hombre” —me dije— “por esa misma razón se debiera independizar la región de Andalucía, pues, a veces, para entender a sus ciudadanos hace falta un traductor. A pesar de ello” —seguí reflexionando en un raptó de brillantez— “hay que reconocer que todas nuestras lenguas

vienen del latín, así que nuestros antepasados son comunes”.

Después recuerdo que hablaron de razones históricas. A mí, que me gusta la historia, me comenzó a tocar un poco la moral lo inexacto de los argumentos que esgrimían.

—Escuchad catalanes —les diría educadamente—, ustedes pertenecieron a la Hispania romana como todo quisqui en España, y, después, durante la desgraciada Edad Media, estuvieron integrados básicamente en la corona de Aragón. ¿No se dan cuenta que por eso a Barcelona se le llama ciudad condal, por ser un condado perteneciente a la susodicha Aragón?

Todo esto es irrefutable. Me lo ha contado mi amigo Zoilo —un intelectual pues lee libros—, y una autoridad en cualquier tema que no sea la prensa deportiva y sus contenidos. En esto le gano yo; al menos en lo que se refiere a conocimientos de los titulares en materia futbolística, que es hasta donde suelo leer.

—En fin, nadie es perfecto —pensé—. Cualquiera se puede equivocar y esos catalanistas están practicando con eficacia el arte de equivocarse. ¿O es el de mentir?

La cosa fue empeorando cuando insistieron en el argumento de que los demás les robamos. “Hasta aquí podíamos llegar —me dije en voz alta indignado, mientras comenzaba a secarme con una cálida toalla blanca—. ¿De dónde rábanos creéis que han salido las fábricas que tenéis montadas allí?: pues del denostado Franco, que para que os callaseis os montó la Seat y otras muchas fábricas con el fin de confortar vuestros llores; y, posteriormente, la democracia, con el mismo fin de consolaros, os siguió convirtiendo en la comunidad que proporcionalmente recibía mayor cantidad de fondos, que son con los que pagáis las embajadas, unas cuantas cadenas de televisiones casposas y manipuladoras; y el 3% de ya sabéis qué, con el que llenáis múltiples bolsillos de politiquillos amantes de la independencia, lo que les posibilitaría no tener que responder de sus malversaciones”.

A esas alturas del debate comencé a sospechar que no eran tan inocentes los errores; impresión que se confirmó definitivamente cuando les oí afirmar con rotundidad a los políticos nacionalistas —y a algún palmero periodista—, que esa posible independencia no supondría la salida de Cataluña de la Comunidad Económica Europea. ¡Joder, —perdón por el exabrupto— que tíos más embusteros!

En ese instante caí en algo que anoche me había pasado inadvertido. Por ello, dándome un golpe en la frente, dejé por un momento de frotarme con la toalla. Un pensamiento me había asaltado:

—Pero ¿quiénes son realmente los que quieren independizarse, si la mitad

de ellos son andaluces y extremeños llegados allí apenas hace unos años para trabajar en las fábricas franquistas? ¿Quizás por eso son tan llorones los catalanes, porque se les ha pegado el “quejío” del flamenco andaluz? Es más —me dije remachando mi propio argumento—, si hasta hace nada el presidente de esa comunidad era un tipo nacido en Jaén, que era socialista y nacionalista..., o nacional-socialista... o sea: ¿Nazi? No sé, creo que me estoy haciendo un lio. Tendré que consultar a Zoilo.

En cualquier caso, la conclusión de anoche fue que terminé apagando la televisión, y que cuando me encaminaba a la cama pensé: “catalanes, con tal de no oíros más, por mi podéis separaros de España e integraros en África si queréis; pero, por favor, ¡dejar de llorar de una puñetera vez...!”

Freeditorial 